SS

SERVICIO SECRETO

VERTIGO EN EL CEREBRO

keith luger



—Tenemos que matarla —dijo Pauline.

Jean Lacomte tomó a la joven de los hombros y miró su cara. Pauline era muy bella y, sobre todo, seductora.

—No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé, Jean… Tú lo has confesado, ella no te concederá el divorcio.

—Eso está claro. Además, no me convendría. Recuérdalo, es Danielle quien tiene todo el dinero.

—Oh, sí, tú te has acostumbrado a la buena vida. No puedes prescindir de tu Danielle, de sus billetes.

—¿Es que hemos de pelear, Pauline? No seas chiquilla… Confórmate. Las cosas nos van bien.

Pauline se puso en pie.

—Todo marcha maravillosamente, ¿qué más puedo desear? Tengo una casa y te tengo a ti. La casa me la paga tu mujer, aunque ella no lo sepa… Y tú vienes casi todas las tardes, cuando ella te deja libre. Pero, a las siete, como un buen marido, has de estar en casa.

—No seas sarcástica.



Keith Luger

Vértigo en el cerebro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 753

ePub r1.0
LDS 07.11.17

Título original: *Vértigo en el cerebro*
Keith Luger, 1965
Cubierta: Desilo
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

—Tenemos que matarla —dijo Pauline.

Jean Lacomte tomó a la joven de los hombros y miró su cara. Pauline era muy bella y, sobre todo, seductora.

—No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé, Jean… Tú lo has confesado, ella no te concederá el divorcio.

—Eso está claro. Además, no me convendría. Recuérdalo, es Danielle quien tiene todo el dinero.

—Oh, sí, tú te has acostumbrado a la buena vida. No puedes prescindir de tu Danielle, de sus billetes.

—¿Es que hemos de pelear, Pauline? No seas chiquilla… Confórmate. Las cosas nos van bien.

Pauline se puso en pie.

—Todo marcha maravillosamente, ¿qué más puedo desear? Tengo una casa y te tengo a ti. La casa me la paga tu mujer, aunque ella no lo sepa… Y tú vienes casi todas las tardes, cuando ella te deja libre. Pero, a las siete, como un buen marido, has de estar en casa.

—No seas sarcástica.

—¿Te has preguntado alguna vez cuánto tiempo podré resistirlo?

—Sí, Pauline, me lo he preguntado.

—¿Y cuál ha sido la respuesta?

—Que lo importante para los dos, para ti y para mí, es que nos casemos.

—Eres muy romántico. Te has creído que me tienes muertecita, que sólo deseo que me acaricies, que echo de menos a todas horas tus besos.

—¿Y no es así?

—No tengo más remedio que desearlos porque estoy sola. ¿Sabes lo que significa eso? No tener a nadie con quien hablar, morirse de aburrimiento. Y no me digas que tengo TV. para entretenerme. Estoy cansada de esos telefilmes, de tanta conferencia. No me interesan los dramas ni los folletines ni la cultura, te quiero a ti. ¿Sabes lo que he pensado a veces? Leí una vez en la Biblia que Josué derribó las murallas de Jericó, pues bien, también pensé que yo, con un grito muy fuerte, podría derribar estas paredes.

—Tranquilízate.

—Estoy en una cárcel, Jean, ¿es que no lo has comprendido? Ésta es mi celda, admito que es muy cómoda, pero no deja de ser una prisión.

—Escucha, no quise decírtelo hasta ahora.

—¿Qué cosa?

—Danielle se marchará a Niza muy pronto. Allí vive una tía suya. Nos ha invitado a pasar unos días con ella, una semana o dos. Me las arreglaré para no acompañar a Danielle.

—¿Y luego, qué?

—Creí que te alegraría la noticia. Podré estar aquí contigo a todas horas. ¿Te das cuenta, Pauline? Seremos como marido y mujer.

Jean se levantó y fue al lado de Pauline.

—Esto no arreglará nada —exclamó de pronto Pauline—. Sólo serán unos días. Cuando tu querida esposa regrese, todo seguirá igual. Comenzará otra vez mi terrible aburrimiento en esta casa, que odio con todas mis fuerzas.

Jean la tomó por los brazos.

—Pauline, ¿crees que yo no sufro cuando estoy separado de ti?

—No me hables de eso.

—¿Por qué no te he de hablar?

—Porque no te creo… Será mejor que nos separemos.

—¿Qué?

—Cada uno debe seguir su camino. Será mejor para los dos.

—Estás nerviosa, y es por lo que dices eso.

—No, Jean. He tenido mucho tiempo para pensar, muchísimo. Te lo aseguro.

—Eso sólo quiere decir que no me amas.

—Te equivocas, te quiero y por eso me separo de ti.

—Es una contradicción.

—¿Crees que no me ha costado un gran esfuerzo llegar a reconocer que nuestra unión no conduce a nada? Ya tengo veintisiete años.

—Eres joven.

—¿Pero a dónde conduce que tú y yo continuemos como hasta ahora?

—Somos felices.

—¿Hasta cuándo, Jean, hasta cuándo lo seremos?

—Nunca he pensado que lo nuestro pudiera terminar.

—Pero acabará. Es irremediable. Tiene que terminar un día.

—No, Pauline.

—Te concedo dos, tres años, alguno más si lo prefieres, Jean. Pero, un día, surgirá otra mujer en tu camino.

—Cállate.

—Ella será más joven, quizá más bella… Esa mujer reunirá todos los atractivos.

—Tú los tienes.

—Deja de halagarme, Jean. Quiero ser realista. Cuando eso llegue a ocurrir, porque ocurrirá irremediablemente, ¿qué seré yo para ti, sino sólo una amante?

—Eres la mujer que yo quiero con todas mis fuerzas.

—Eso dices ahora… Tú eres un hombre como todos los demás y llegará un momento en que te cansarás de mí. Por eso quiero apartarme de ti ahora, cuando todavía estoy a tiempo.

—¿Por qué se te han ocurrido esas tonterías? Voy a suponer por un momento que estoy de acuerdo contigo. Yo te digo: «Está bien, Pauline, lo nuestro ha terminado, tienes razón, no hay motivo para prolongar nuestro amor…». —Jean hizo una pausa—. ¿Qué harías? ¿Qué camino vas a emprender?

—Me marcharía a Londres.

—¿Por qué a Londres?

—Tengo el título de enfermera, tú lo sabes. Conocí a un tal doctor Evans unos meses antes que a ti. Demostró por mí un gran interés, me invitó a que fuese a trabajar con él. Me dijo que tenía una gran clientela. Y, además, es soltero.

—De modo que, por parte del doctor Evans, no hubo un interés

puramente profesional.

—Es posible que no.

—Y tú esperas que algún día serás la señora Evans.

—Quizá.

El rostro de Jean estaba rígido.

—Estás loca. No dejaré que me abandones.

—Es lo mejor para los dos. Tú podrás respetar a tu mujer… mientras puedas.

—Te he dicho antes que no me gustan los sarcasmos.

—Siento que lo tomes así.

—No te consentiré que me abandones, Pauline.

La apretó contra sí y la besó en la boca.

Ella apartó la cabeza.

—Deberías ayudarme, Jean… Tenías que comprenderlo, que mi decisión es la mejor para ti y para mí.

Jean la besó en el cuello y habló febrilmente:

—Lo arreglaré, Pauline.

—No puedes, Jean… Suéltame.

—Estoy pensando que no me has dicho la verdad. Eres tú quien quiere romper ahora, Pauline.

Pauline se echó a reír.

—No te has atrevido a terminar tu frase. Muy bien, yo la acabaré por ti. Has pensado que existe otro hombre.

—Sí, Pauline.

—Supón que te dijese que sí existe, ¿qué harías?

—Matarte.

Ella sonrió.

—De modo que me matarías.

Jean tenía los ojos inyectados en sangre.

—¿No me crees capaz?

—Qué estupendo eres. Tú me matarías y hace unos momentos te propuse que mataras a tu mujer. Es ella la que nos impide que nos unamos para siempre. Pero tu Danielle no puede estar muerta, porque, en el fondo, la quieres.

—Estábamos hablando de otro hombre.

—No existe, Jean.

—Ya no te creo.

—Entonces, me das lástima.

Jean la abofeteó.

Pauline retrocedió tambaleante, pero no llegó a caer, porque apoyó la mano en un sillón.

Entre los dos amantes se hizo un silencio.

Jean se miró la mano con que la había pegado.

—Lo siento —dijo con voz ronca.

—No tuvo importancia —contestó ella con voz seca.

—Sí la tuvo. Nunca te había pegado.

—Pero ya lo has hecho. A las mujeres como yo se las golpea… Algunos tardan en hacerlo, pero es inevitable.

—No hables así.

—¿Por qué no, Jean? Has demostrado que tengo razón.

—Me pusiste furioso.

—Me tratas como a una cualquiera. Por lo visto, es lo que soy para ti. Te di mi amor, a pesar de que tú no eres un hombre libre, y has pensado que con la misma facilidad me puedo entregar a otro hombre, al chico de la tienda, o quizá al cartero.

—¡No he pensado semejante cosa!… —Jean se pasó la mano por la cabeza—. Los dos hemos perdido la serenidad.

—Después de todo, es la escena final y no nos salió mal del todo. Va a caer el telón.

—No hables como una mala actriz.

—Lo decía con sinceridad.

—Has dicho que teníamos que matar a Danielle. Crees que eres la única que lo ha pensado. Pues te equivocas, ¿lo oyes bien? Te equivocas. Desde hace muchas semanas ha pasado per mi cabeza ese pensamiento. Me dije que ésa sería la solución. Que si Danielle estuviese muerta, podría casarme contigo.

—Pero rechazaste la idea.

—Claro que sí. Nunca he matado a nadie…

—Se mata por necesidad.

—A veces rae pregunto qué es lo que tú sabes de la vida. Tengo la impresión de que es mucho más de lo qué yo imaginé.

—Te he contado mi historia… Nací en una familia burguesa, teníamos una fortuna. Mi padre cometió un error, colaboró con los alemanes. Los maquis lo ejecutaron y luego, cuando llegó la liberación, mi madre[1] quedó arruinada. Yo era muy pequeña cuando ocurrió todo eso.

—Lo sé, no lo repitas. Anda, dame un *whisky*, lo necesito.

Pauline preparó dos: *whiskies*. Regresó al sofá donde se había sentado Jean y le alargó un vaso.

Jean bebió un largo trago y apretó el vaso contra su pecho. Sus ojos miraron a un punto indeterminado de la pared.

—De acuerdo, Pauline, mataremos a Danielle.

CAPÍTULO II

Danielle se quedó pensativa. ¿Había olvidado meter algo en la maleta? Oh, sí, su bikini. Iba a Niza y en la Costa Azul hacía muy buen tiempo.

Sacó el dos piezas del cajón del armario y en ese momento sonó el timbre de la puerta.

Debía ser Jean, que había olvidado la llave. Otras veces le había ocurrido.

Con el bañador en la mano acudió a abrir, pero no era su marido. El hombre que estaba al otro lado de la puerta era alto y guapo, como Jean, pero lo veía por primera vez en su vida.

—Perdone… ¿Señora o señorita?

—Señora Lacomte.

—Disculpe que la moleste, señora Lacomte, pero me encuentro en una situación de emergencia… Soy su nuevo vecino, Alain Dusser… Llegué esta tarde a mi casa, la de la izquierda, el *bungalow* 222… Me encontré con la sorpresa de que el teléfono está cortado.

—Comprendo. Puede pasar. Utilice mi teléfono.

—Es usted muy amable.

—Mientras yo telefoneo, puede tomar su baño. Me marcharé en cuanto haga un par de llamadas.

La joven se dio cuenta entonces de que tenía ocupadas sus manos con las piezas del bikini.

—¿Cree que me baño con esto?

—Apuesto a que está muy mona —comentó Alain sonriendo amistosamente.

Danielle se quedó un momento en suspenso y ya no tuvo oportunidad de contestar, porque Alain Dusser se estaba acercando a la mesa ratona, en la que descansaba el teléfono.

—Continuaré haciendo mi maleta. Es lo que usted interrumpió, señor Dusser.

—Desde luego, es usted muy dueña.

Danielle entró en su dormitorio, pero dejó la puerta abierta, porque le pareció una descortesía cerrarla.

Oyó marcar a su visitante y luego su voz:

—¿Marga? ¿Cómo estás, querida?… He estado pensando en ti todo el día… Claro, y la noche pasada también… Lo siento, nena, pero tengo un trabajo importante. Mi editor me ha presentado un ultimátum. He de entregarle la novela en el plazo previsto en el contrato y todavía me quedan cien folios por hacer. Imagínate… Lo siento, Marga, yo había pensado tanto en esta noche… tú y yo juntos. Pero muy pronto me quitaré este trabajo de encima… y entonces…

Danielle dio un suspiro. El amor era algo maravilloso. Allí estaba aquel vecino suyo enamorado de una mujer llamada Marga.

Oyó que marcaba otra vez y luego su voz:

—¿Françoise? ¿Cómo estás, querida?… Pensé en ti todo el día, pero sobre todo, la noche pasada… Tú sabes lo que eres para mí… No, no, Françoise, mucho más que eso… El cielo, las estrellas y cuanto de más hermoso se haya creado… Lo siento, nena, pero he de salir inmediatamente para Londres. Imagina qué contrariedad. Me encargaron un reportaje, lo pagarán bien. Sólo será una semana, querida. No sabes cuánto te recordaré… Me encerraré en la habitación del hotel y sólo saldré por cuestión de mi trabajo. En cuanto regrese, lo primero que haré es marcar tu número.

Danielle estaba perpleja. Aquel tipo no era un enamorado, sino un caradura. Y, al parecer, no había terminado con sus compromisos formales, porque acababa de hacer una tercera llamada.

—¿Marie?… Ya sé que no es hoy, sino mañana, cuando íbamos a cenar juntos. Sólo te llamo para decirte que es imposible, que hemos de cancelar nuestra cita… Querida, siempre surge lo imponderable. Esta vez es mi hermano… Ya sabes, aquel asunto de la herencia. Mi presencia es ineludible… No tengo más remedio que ir a Marsella… ¿Tú conmigo?… Oh, no, querida, te aburrirás mucho… Ya sabes cómo son estas cosas y no podría dedicarte mi tiempo. Pero dentro de unos días, tú y yo…

Danielle no lo pudo resistir más. Salió de la habitación y cruzó los brazos, mirando a su vecino, el cual fumaba un cigarrillo tranquilamente, mientras hablaba con Marie.

—Te mando un beso, querida —dijo él ahora, y colgó.

Después de colgar, tomó una pequeña agenda de la mesa.

—¿Con cuántas ha de excusarse todavía? —preguntó Danielle.

El volvió la cabeza.

—Disculpe. ¿Qué decía?

—Habló de una emergencia y yo pensé que se trataba de dar aviso al fontanero, porque no podía cerrar uno de sus grifos.

—Es algo peor que eso, señora Lacomte.

—Oh, sí, ya veo, son tres grifos. ¿O hay más?

Alain carraspeó mientras se rascaba detrás de una oreja.

—Bueno, creo que los demás grifos se podrán cerrar solos —se puso en pie—. Gracias por todo.

—¿No se le olvida algo?

Alain miró a la mesa, pero allí sólo estaba el cenicero y el teléfono.

—No, creo que no.

—Pensé que haría ahora la llamada buena. Ya sabe, a la mujer por la que ha dejado a Marga, a Françoise, a Marie y a las otras.

—Ya entiendo. Estuvo escuchando.

—No tuve más remedio que oírlo. Usted no habló precisamente en voz baja.

—Entonces, usted no me cree.

—Dijo demasiadas cosas para creerlas todas al mismo tiempo. La novela que ha de entregar al editor… El reportaje que ha de realizar en Londres… Y esa llamada de su hermano por una cuestión de herencia.

—Todo podría ser verdad.

—Pero no lo es.

—No, señora Lacomte.

—Ya lo suponía.

—Pero tengo una causa más justificada.

—Por favor, señor Dusser. No necesito que invente una excusa para mí.

Alain entrecerró los ojos, mirándola apreciativamente.

—Yo jamás inventaré una excusa para usted.

—¿He de sentirme halagada?

—Bueno, le estoy haciendo perder el tiempo, señora Lacomte.

—Creí que iba a empezar a hacerme el amor.

—Oh, no, yo no puedo hacer eso a una vecina tan simpática, tan bella, tan atractiva…

—Es usted muy amable y me conmueven sus sentimientos hacia sus vecinas.

—Si al menos hubiese sido usted viuda…

—No lo soy.

—Entonces, me retiro… Si usted me lo permite, pasaré mañana por aquí.

—Ya entiendo, quiere continuar sus llamadas si no le han arreglado el teléfono.

—No, señora Lacomte. Esa visita tenía otro objeto. Quería conocer a su marido, para felicitarle por tener una esposa como usted.

—Lo siento, pero no podrá.

—Ya entiendo. Su marido es muy celoso.

—No sé si lo es. Mi marido y yo saldremos mañana a primera hora para Niza.

—Qué lástima.

—¿Lo siente?

—Ya sabe, uno avisa a la compañía telefónica y a veces tardan algún tiempo en solucionar el problema.

—Oh, sí, lo había olvidado. Tendrá que ir un poco más lejos para continuar haciendo sus llamadas al censo femenino de París.

Alain se echó a reír.

—Es usted muy graciosa, señora Lacomte. Pero le aseguro que mi agenda sólo tiene cien páginas.

—¿Las rellenó todas?

—Casi. Pero debo advertirle que anoté también el número telefónico de mi dentista, y el de mi editor, y el de la tienda…

—Qué lástima. Dejó muy poco espacio para las Margas, Françoise y demás.

—Usted opina que debo comprar una agenda mayor.

—Quizá si las comprase en cantidad, conseguiría una rebaja.

—Es una idea que tendré en cuenta. Sólo una mujer es capaz de dar un consejo tan ahorrativo. Buenas tardes, señora Lacomte. He

tenido una gran satisfacción…

Alain Dusser hizo una pequeña inclinación y seguidamente abandonó la casa de Danielle.

La puerta se había cerrado y Danielle continuaba en el mismo sitio, mirándola.

Era muy simpático el nuevo vecino, eso no lo podía negar, pero ¿acaso no lo eran todos los sinvergüenzas?

Bueno, ahora sólo debía preocuparse de su equipaje.

Estaba cerrando la maleta cuando oyó el ruido de la llave en la puerta. Esta vez sí que era Jean.

Salió al *living* y su marido la saludó.

—Hola, querida.

Se encontraron a mitad del camino y se besaron en los labios.

—Te tengo preparada una sorpresa, Jean.

—¿Cuál es?

—Nos vamos mañana a Niza.

—¿Mañana? Pero tú dijiste que haríamos el viaje la semana próxima.

—Tía Carla llamó por teléfono en tu ausencia. No se encuentra muy bien. Dice que deseaba mucho tenernos con ella. Como no hacíamos nada aquí, le prometí que iríamos enseguida.

—Pero, querida, no debiste hacer eso.

—¿Por qué no? ¿Hay algo que nos impida que salgamos mañana?

—Tengo una reunión para dentro de tres días. ¿No te lo dije?

—No.

—Se trata de mis compañeros del ejército. Ya sabes, una de esas cenas anuales.

—Podrías renunciar.

—Oh, sí. Podría hacerlo y esperar a la cena del año próximo… ¿Sabes lo que dirían? Que me he vuelto orgulloso, que ya me he olvidado de ellos y otras cosas peores.

—¿Qué otras cosas?

—Prefiero no decirlas, son desagradables.

—Jean, no quiero que haya secretos entre nosotros dos.

—Claro que no.

—Entonces di lo que dirían tus amigos.

—Está bien, aunque te repito que serían habladurías.

Empezarían a decir que yo me he casado con una mujer de mucho dinero, que no estoy enamorado de ti, que vivo a tu costa…

—¡Jean!

—Lo siento, querida, pero es lo que ellos dirían.

—¿Te importa mucho eso?

—Un poco, la verdad… Y naturalmente, también hablarían de mis fracasos. Están enterados de que me has prestado dinero en dos ocasiones y de que las dos veces me he arruinado.

—Jean, yo creí que lo habías olvidado…

—No lo puedo olvidar.

—¿Quizá porque te lo haya recordado yo?

Jean abarcó por la cintura a su esposa. La besó en la nariz.

—No, querida. Tú eres una mujer maravillosa… Me diste dinero para mis negocios y, cuando lo perdí, no escuché una protesta por tu parte.

—Deja eso, Jean. Prometí a tía Carla que estaríamos un mes con ella.

—Se me ocurre una idea. Tú irás sola a Niza. Yo me reuniré contigo al día siguiente de la cena con mis compañeros.

—Preferiría que me acompañases.

Jean sonrió.

—Te aseguro que en nuestra reunión no hay mujeres.

—Ya lo sé, tonto —la joven dio un suspiro—. Está bien, Jean, si ése es tu deseo, no hay más que hablar.

—Eh, no frunzas el ceño… Sólo estaremos separados unos días. Luego en Niza, no me apartaré de ti.

—Sí, Jean. Perdona, pero ahora tengo que llenar otra maleta.

Danielle desapareció en el dormitorio.

Jean, al quedar a solas, borró la sonrisa de su rostro.

Tenía que matar a Danielle. Ése era el acuerdo con Pauline. Había creído contar con varios días para eso, y ahora, de pronto, se informaba de que sólo contaba con aquella noche.

No podría dejarlo siquiera para el día siguiente. Tendría que matarla ahora, y cuanto antes, mejor.

Al fin y al cabo, no sería difícil. ¿O sí lo sería?

En el hogar ocurrían muchos accidentes. Podría ir por detrás de Danielle, golpearla en la cabeza.

Danielle se podía subir en cualquier silla para alcanzar su

sombrerera; al caer era fácil que se desnucase. Además, él no estaba en la casa. Antes de entrar se había asegurado bien de que no lo viese nadie.

La casa de los Duval estaba vacía, sin alquilar, y en cuanto a los Sánchez, se habían ido a España, a visitar a sus padres.

La mataría y luego saldría de la casa. Se concedería media hora. Luego, regresaría, encontrándose con su mujer muerta, víctima de una fatal caída… Eso era lo mejor, lo más fácil.

Sí, es posible que la policía sospechase de él, pero ¿de qué servían las sospechas cuando no existen pruebas?

Todos sus amigos sabían cuán enamorado estaba de su mujer. Eso era algo que se preocupó mucho de cultivar, y por ello, estaba listo para representar el papel de viudo atribulado por la terrible desgracia.

—Jean —dijo Danielle saliendo del dormitorio.

Dio un respingo porque no esperaba la interrupción.

—Sí, querida.

—Llamaré a la señora Dumond.

—¿Para qué?

—Le diré que venga todos los días para hacerte la comida. Ya sabes, mientras permanezcas en París.

—No es necesario, querida.

—Yo creo que sí. Eres una verdadera calamidad preparándote tu propia comida.

Jean no podía consentir que Danielle hiciese la llamada a la señora Dumond, porque indudablemente le diría que él estaba allí, y su plan se iría abajo.

—Espera, Danielle. Se me está ocurriendo que no hay necesidad de que venga por aquí la señora Dumond. Se pone a hablar y hablar hasta que agota la paciencia del que la escucha. Prefiero comer fuera. Además, no estoy seguro de que sea de mi gusto la cocina de la señora Dumond.

Danielle titubeó unos instantes.

—Está bien, como tú quieras. La verdad es que no pensé en la posibilidad de que comieses fuera de casa. Pero cuidado con las rubias, ¿eh, querido?

Danielle descolgó el teléfono.

—Eh, querida, no necesitas llamar a la señora Dumond. Ella ya

sabe que tiene que venir para limpiar la casa.

—No era a la señora Dumond a la que iba a llamar. Es a Ellen, no me despedí de ella.

Ellen era la amiga íntima de Danielle, una joven que hablaba por los codos, soltera impenitente. Danielle y ella habían sido compañeras de colegio. Ahora Ellen, periodista, pertenecía a la redacción de una revista femenina. Era *Madame* X, naturalmente la encargada del consultorio sentimental.

Seguro que Danielle diría a Ellen que él estaba allí.

—¿Qué número es, Jean? Siempre lo olvido. Ya sabes, el de la redacción.

Jean recordaba perfectamente el número. Pero no se lo dijo.

—La verdad es que yo también lo olvidé.

—Consultaré la guía.

Danielle se dirigió a un mueble bar que contaba con una estantería para libros y donde guardaba también la guía telefónica.

Jean escuchó su voz interior.

«Éste es el momento, Jean. No puedes esperar un minuto más. Ella tiene que agacharse para coger la guía. Se encontrará en una posición formidable para que acabes con ella. Bastará un golpe en la nuca con el filo de la mano y entonces…».

Echó a andar hacia Danielle. Ella ya se había agachado y quedó en cuclillas. Había abierto la guía y estaba pasando las páginas.

Jean se detuvo detrás de su mujer.

—No hace falta que me ayudes, Jean —dijo Danielle—. Ya casi lo tengo.

Jean levantó el brazo.

Inspiró profundamente.

Su cara estaba desencajada, los dientes apretados.

Sí, bastaría con un solo golpe.

CAPÍTULO III

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Jean bajó el brazo pero no golpeó en la nuca de Danielle, Empalideció en pocos segundos.

Danielle se levantó.

—¿Esperas a alguien, Jean?

—No, en absoluto. ¿Y tú?

—Tampoco.

Jean no quería abrir. Quienquiera que fuese, lo vería allí.

—Querido, si abres la puerta veremos quién es.

Jean soltó una maldición. ¿Quién diablos sería? Pero, de todas formas, no podía consentir ser visto.

—Disculpa, Danielle, pero tengo jaqueca. Me voy al dormitorio. ¿Tienes inconveniente en recibir tú a quien sea?

—Claro que no.

Jean se dio mucha prisa en desaparecer en el dormitorio.

Danielle dejó la guía telefónica sobre la mesa y acudió a abrir.

Era otra vez su vecino, aquel caradura.

—Buenas tardes, señora Lacomte.

—¿Olvidó algo?

—Perdone, pero tenía que hacer otra llamada.

—Ya entiendo. Otra mujer.

—Oh, no, esta vez se equivoca. Ya terminé con eso…

Se trata de mi editor. No sé si le dije cuál es mi profesión.

—No, no me lo dijo. Pero lo oí. Fue inevitable. Usted es novelista.

—Sí, señora Lacomte. Tenía esperanza de que hubiese leído alguna de mis novelas.

—¿Las firma con su nombre?

—Sí. Recuerde, Alain Dusser.

—Lo siento, pero no he leído ninguna.

—Seguramente no le gusta la ciencia-ficción.

—¿Es eso lo que escribe?

—Siempre me gustó pensar en las cosas que nos reserva el futuro.

—Y seguramente que en ese futuro usted ve a los hombres disponiendo de una docena de mujeres… ¿O calcula usted que serán un centenar?

—¿Puedo pasar?

—Oh, sí, desde luego… Ya sabe dónde está el teléfono.

Alain se dirigió hacia la mesa y se sentó en el sofá.

—¿Cuánto tiempo lleva de casada, señera Lacomte?

—Un año y medio.

—¿Algún hijo?

—Ninguno.

—Ya entiendo, no le gusta a su marido.

—Nos gustan a los dos los niños, pero no los hemos tenido… por ahora.

—Ya entiendo, su marido viaja de un lado a otro. Usted está sola la mayor parte del tiempo y claro, así…

—Se equivoca, señor Dusser. Mi marido no tiene que viajar. Desde que nos hemos casado, apenas nos separamos.

—Bueno, yo lo decía porque…

—Tengo que decirle que mi marido ya está aquí. Tenía un poco de jaqueca y se fue a acostar.

Alan se puso en pie.

—Tengo que disculparme otra vez, por haberla molestado, señora Lacomte.

—¿Es que no va a hacer su llamada al editor?

—La verdad es que puedo hablar con él mañana.

—Así, pues, era una excusa. Su especialidad.

—Sí.

—¿Cuál ha sido el motivo?

—Verla a usted de nuevo, naturalmente.

La joven se quedó con la boca abierta.

—Es usted el tipo más fresco que me he tropezado en mi vida. Ha dicho eso con una pasmosa naturalidad.

—Soy sincero. ¿Sabe que escribí una novela de ciencia-ficción en la que los personajes viven en un mundo en que todos dicen la verdad desnuda?

—He oído decir que la verdad desnuda es muy fea y que, por ello, debe cubrírsela con algún ropaje.

—Muy bonito el pensamiento.

—Además, usted no podría vivir en ese mundo, señor Dusser.

—¿Por qué no?

—Le he oído decir una sarta de mentiras… Sí, señor… Ha batido usted todo un récord. Me refiero a su primera visita. Mintió y mintió y no se cansó de mentir a esas muchachas.

—Pero debe convenir que no tuve más remedio que hacerlo. Desgraciadamente, en la actualidad no vivimos en el mundo que yo imaginé para mi novela…

—¿Confiesa que es un gran farsante?

—Lo confieso.

—¿Encuentra placer en ello, en engañar?

—No, de ninguna manera.

—Y ahora me dirá que cuando le dice a una de esas mujeres que la ama, es porque la ama.

—Es cierto. Las amo.

—No le creo en absoluto, señor Dusser. No se puede querer a más de una mujer al mismo tiempo.

—En mi caso sí.

—Trate de justificarse.

—Verá. Cada vez que conozco a una mujer, encuentro en ella una condición, una virtud que me atrae, pero esa mujer carece de las demás virtudes. Las otras las voy encontrando poco a poco. En otras mujeres, claro.

—Entiendo su teoría. Usted ama simultáneamente a muchas mujeres y en su pensamiento va sumando las virtudes de cada una de ellas para crear la mujer perfecta.

—Ni yo mismo podría haberlo definido mejor, encantadora vecina.

—No crea que estoy de acuerdo con usted. Su argumentación es absolutamente cínica. Imagine lo que sería nuestro planeta si todos los hombres pensasen como usted. ¿Qué sería de la moral?

—Usted tiene razón, señora Lacomte. Pero me temo que pienso

así porque he tenido mala suerte.

—¿Mala suerte?

—En no encontrar una mujer que reúna todas las virtudes que voy conociendo por separado.

—Sigue siendo un cínico.

—Terminé mi defensa, señor juez. Pero si usted me condena ahora, quisiera que me concediese el derecho a la apelación.

—¿Y a quién va a apelar?

—A usted misma… Si usted permitiese que la invite a comer, o a cenar…

—De ninguna forma.

—¿Tampoco una merienda?

—Señor, Dusser, me voy a Niza.

—Yo también puedo ir a Niza. Ya sabe, un novelista tiene esa ventaja. Puede trasladarse de un lado a otro y seguir trabajando.

—Señor Dusser, olvida que está hablando con una mujer casada.

—Entiendo. Su esposo la acompañará a Niza.

—No, no me acompañará.

—Magnífico, yo ocuparé su lugar.

—Es usted un atrevido, señor Dusser.

—He querido decir que lo supliré en determinadas circunstancias.

—Me terno que eso disgustaría macho a mi esposo.

Danielle cruzó los brazos y levantó la barbilla.

—Señor Dusser, es usted un hombre bastante entraño. Le he dicho que mi marido está en casa. ¿No teme que él esté escuchando?

—No, no lo está.

—¿Cómo lo sabe?

—Si nos hubiese estado escuchando, yo dije aquí varias cosas para que saliese…

—¿Sugiere que lo dijo intencionadamente?

—Sí. Durante mi primera visita le pregunté si su marido era celoso y usted me respondió que lo ignoraba. Ahora ya lo sabe. No lo es.

—Señor Dusser, he de decirle que su experiencia con las mujeres casadas es deleznable. Usted está poniendo en práctica conmigo un procedimiento de conquista.

—Así es.
—Lo cual quiere decir que tiene un método.
—También lo admito, señora Lacomte.
—Y éste debe ser quizá el método decimotercero de la lección séptima.
Alain guardó silencio.
—Señora Lacomte, no me equivoqué, es usted maravillosa. Y he de decirle muy aprisa que estoy enamorado de usted.
—Yo también le diré una cosa muy aprisa, señor Dusser. No ha logrado nada con su sistema. Esta vez le falló.
—Pero señera Lacomte, le juro que es cierto. La quiero. Nunca en mi vida dije una verdad mayor.
—Es lo más absurdo que he oído… ¿Debo recordarle que cuando llegó aquí por primera vez permanecimos juntos diez minutos?
—Si me permite corregirla, fueron once.
—¿Y cuántos llevamos ahora? ¿También los cronometró?
—Diecisiete.
—¿Me quiere convencer de que en veintiocho minutos usted se ha enamorado de mí?
—Perdidamente.
Danielle dio unos pasos por la estancia, frotándose la barbilla, mirando de vez en cuando a Alain.
—Le aseguro que soy un hombre, señora Lacomte.
—¿Dónde nació?
—En Marsella, y tuve padres, como todo el mundo.
—¿Le pasó algo de pequeño?
—Un amiguito rae rompió mi caballo y, según oí contar, yo le rompí a él las narices.
—No me refiero a esas cosas.
—No me irá usted a decir que es usted siquiatra y que está tratando de encontrar en mí uno de esos terribles complejos.
—Estudié medicina pero no llegué a terminar la carrera.
—Lo siento, porque desde ahora sería usted mi doctor. Le habría pedido enseguida que me hiciese una radiografía.
—Ya imagino qué clase de radiografía. Pero no nos apartemos de la cuestión principal. Ha desarrollado demasiado su ego, señor Dusser. Es una de esas personas que se consideran el ombligo del mundo… Quiero decir que es egoísta, terriblemente egoísta. Piensa

que, cuando le gusta una mujer, sólo tiene que decir unas palabras para que ella caiga en sus brazos. Le da lo mismo que sea soliera, casada o viuda.

—Es maravilloso, ¿verdad? Ante el amor no existen obstáculos de ninguna clase.

—¿Amor? ¿Cómo se atreve a decir que lo que siente por mí es amor?

—Se lo demostraré al momento.

Alain echó a andar hacia Danielle.

—Deténgase —exclamó la joven.

—Sólo quería demostrarle que estoy diciendo la verdad.

—Imagino qué clase de prueba es.

—Para demostrar nuestro amor sólo existe una clase de prueba.

—Me estoy felicitando a mí misma porque es novelista. Si hubiese sido catedrático habría impregnado a sus alumnos con su corrosiva filosofía.

—¿Entonces no me permites…?

—En absoluto. No le permito que de un paso más hacia mí.

—Entonces…

—Entre nosotros dos todo ha terminado.

—Pero si nada empezó, señora Lacomte.

—Quiero decir que le prohíbo que continúe.

—¿Ni siquiera me dejará que llame por teléfono?

—Eso sí. Puede llamar. Aunque debo recordarle que yo no estaré en casa. Sólo estará mi marido.

—Creo que entonces no me gustará nada llamar por teléfono.

—Espero que cuando regrese de Niza, dentro de un mes, hayan terminado sus problemas con la compañía telefónica.

Alain sacudió pesarosamente la cabeza.

—Sí, me temo que mi teléfono funcionará.

—Naturalmente pensará entonces en otra excusa para venir a mi casa.

—¿Cuál le parece que debo alegar?

—Ninguna, señor Dusser. Le he dicho antes que nuestras relaciones han terminado radicalmente.

—Es usted muy cruel, señora Lacomte, y lo peor de todo es que no me deja siquiera pedirle mis cartas. Esas cartas que usted debería, guardar en un lugar secreto, donde su esposo no las

pudiera encontrar, con un lacito rosa.

—Mi color es el azul.

—Empiezo a creer que no ha tomado en serio mis sentimientos.

—Sí, señor Dusser. Puede estar seguro de que soy indiferente respecto a su volcánico amor.

—Yo diría que es usted un frigorífico. Produce los cubitos de hielo por docenas… Ya me voy, señora Lacomte.

Alain echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo antes de llegar.

—¿Dónde me dijo que se iba a alojar en Niza?

—No se lo dije.

—Bueno, no es que yo vaya a ir a Niza… pero a veces el destino es inescrutable.

—Me imagino que son palabras de algún personaje de sus novelas.

—Pues sí —empezó a sonreír Alain—. ¿Le gusta?

—He de decirle que es demasiado vulgar, señor Dusser. Eso lo he leído lo menos doscientas veces.

—Será mejor que salga ya. Empiezo a tener frío. Buenas tardes, señora Lacomte. Espero que haga un feliz viaje. Ah, y que se divierta en Niza.

—Gracias, señor Dusser. Yo también le deseo a usted que lo pase bien con las chicas de su agenda.

Alain sacó la agenda del bolsillo y se la mostró.

—¿Sabe lo que voy a hacer? Quemarla. Después de conocerla a usted, cada una de estas chicas perdió su importancia. Por fin logré encontrar una mujer que reúne cada una de las virtudes que ellas, individualmente, poseen… Usted es ella, señora Lacomte…

Volvió a meter la agenda en el bolsillo y salió de la habitación de la casa.

Danielle se quedó nuevamente pensativa.

No había encontrado nunca un hombre tan simpático como Alain Dusser. Se asombró al darse cuenta de que era la segunda vez que lo consideraba simpático.

Y eso era muy peligroso para ella, siendo una mujer casada.

«No seas chiquilla, Danielle, ¿qué tiene que ver al fin y al cabo que un hombre te resulte simpático? ¿Es que porque seas la mujer de Jean te van a resultar desagradables los demás hombres?».

La cosa no tenía importancia. ¿O sí la tenía?

Recordó el consejo de su madre. Le había dicho repetidas veces que estando casada y cuando un hombre le resultase atractivo, huyese lo antes posible de él. Como si se tratase del mismo diablo.

Pero debía reconocer que Alain Dusser era un hombre con mucho encanto. Oh, no, ella no debía pensar en eso. Allá dentro, en su dormitorio, estaba Jean con jaqueca. Por otra parte estaba dispuesta a apostar a que al día siguiente Alain viajaría en el mismo tren hasta Niza y ella no podía consentir eso. Tener como compañero de viaje a un hombre como Alain Dusser.

Sólo había una solución. Ponerse en camino aquella noche. Había un tren que salía a las nueve. Eso lo arreglaría todo y, al día siguiente, Alain Dusser podía ir a Niza, pero ella ya estaría en la Costa Azul y, el novelista desconocía la dirección de tía Carla.

Estaba decidido. Saldría de allí la misma noche.

Ahora informaría a Jean.

Entró en el dormitorio. Jean estaba tendido en la cama con los ojos cerrados.

—¿Duermes, Jean?

Jean, su marido, simuló que despertaba.

—¿Qué dices, Danielle? ¿Quién era?

—Nuestro nuevo vecino, Alain Dusser. Es un novelista.

—¿Qué quería?

—Cuando se marcharon los Duval, cortaron el teléfono, vino para hacer una llamada.

—¿Qué tal es?

—Un hombre muy creído.

—Bueno, según he oído decir, todos los novelistas lo son.

Jean hubiese podido agregar algo más acerca de Alain Dusser. Había estado escuchando tras la puerta y no perdió detalle del diálogo entre su mujer y aquel novelista.

—Jean, he pensado irme esta noche a Niza.

—¿Esta noche? ¿Por qué?

—Prefiero viajar de noche.

—Hasta ahora te oí decir que preferías viajar durante el día.

—Bueno, quizá me ha hecho cambiar la edad.

—Querida, acabas de cumplir los veintiséis años.

—Pero ya me siento tan vieja como el mundo.

—Al parecer, te has contagiado de ese novelista. Bueno, imagino que hablará así nuestro nuevo vecino.

—Claro que me quedaré en París si no te encuentras bien.

Por la mente de Jean habían pasado muy aprisa los pensamientos. No podía matar allí a Danielle porque aquel entrometido vecino había sido informado por la propia Danielle de que su marido ya estaba en casa. Quizá no fuese tan malo que Danielle tomase el tren para Niza aquella noche.

—Sí, querida. No debes preocuparte por mí. Debes marcharte esta noche.

Pero entonces Danielle se dijo que se portaba muy mal con su marido. Estaba enfermo.

—Olvídate, Jean.

—¿Olvidar qué?

—Me quedaré.

—Oh, no, de ninguna forma.

—Llamaremos al doctor para que diagnostique tu enfermedad.

—Pero ¿qué enfermedad? Sólo te dije que tenía jaqueca, pero ya me encuentro perfectamente.

—Lo dices para tranquilizarme, Jean.

—De ninguna forma, es verdad. Puedes irte tranquila. Además, cuando haya dormido, estaré mucho mejor.

—No sé si debo dejarte solo.

—Sabré cuidarme, querida.

—Está bien, pero has de prometerme una cosa. Que llamarás mañana a casa de tía Carla.

—En cuanto llegues a Niza puedes jurar que sonará el teléfono y, a la otra parte del hilo, estaré yo.

—Así, acepto.

Los brillantes ojos de Jean sonreían. «Si supieses lo que te espera no te alegrarías, querida mujercita. Nunca hablaré contigo por teléfono por la sencilla razón de que tú no llegarás viva a Niza».

—Voy a preparar mi otra maleta, Jean. Tendré que marchar enseguida porque aún no compré el billete.

—Te acompañaré a la estación —dijo Jean sin ningún entusiasmo.

—No lo consentiré. Hace mucho frío y eso podría empeorarte. ¿Y si fuese gripe?

—No, te aseguro que no es gripe. Pero ya que lo has sugerido me quedaré en casa. Admito que sería una temeridad, por mi parte, ir contigo a la estación. La temperatura ha descendido mucho. Hace muchos años que en París no hacía un otoño tan frío.

Danielle preparó su segunda maleta en unos minutos. Cuando tuvo el equipaje dispuesto se arregló en el cuarto de baño.

—Bien —dijo apareciendo otra vez en el dormitorio—. Ya terminé. ¿Estás seguro de que no necesitarás mi ayuda?

—Absolutamente.

Danielle se acercó a la cama.

Jean se incorporó y tomó a la mujer por los brazos.

—Querida, diviértete.

—No podré hacerlo hasta que tú llegues…

—Eres la mejor de las esposas.

—Y tú el más encantador de los maridos.

Se besaron en los labios.

—Llamaré por teléfono un taxi —dijo Danielle.

Hizo la llamada y minutos más tarde llegó el taxi.

Danielle se volvió a despedir de su marido con otro beso.

—Buen viaje, querida.

—Recuérdalo, Jean —dijo Danielle—. Si te encuentras peor, manda un telegrama. Tomaré el avión para estar más pronto a tu lado.

—Sí, Danielle, pero no hará falta ese telegrama.

Jean quedó a solas en el dormitorio.

Oyó el ruido del taxi cuando se marchaba y entonces saltó del lecho y atrapó el teléfono de sobre la mesilla de noche.

Marcó rápidamente un número.

A la otra parte, la señal sonó tres veces antes de que descolgasen.

—¿Pauline?

—Sí, Jean.

—Los acontecimientos se han precipitado, nena.

—¿Ya lo hiciste?

—No he querido decir eso… Se trata de que Danielle adelantó el viaje. Viajará ella sola a Niza. Esta noche.

—¿Cómo lo has consentido…? Es absurdo que estés contento.

—Oye, querida, lo intenté aquí, pero llegó un visitante, un

vecino… Si no hubiese sido por ese hombre, a estas horas todo estaría arreglado…

—¿Pero qué va a pasar ahora?

—¿Es que no lo supones? Lo que tenía pensado[1] que le ocurriese aquí en casa, le sucederá en el camino, en el tren.

—No te comprendo.

—Es la mar de sencillo. Yo también viajaré en ese tren.

—¿Tú?

—Sí. Pero naturalmente ella no lo sabrá. Hay muchas horas de aquí a Niza. ¿Te das cuenta, querida?

Ella rió a la otra parte del cable.

—Jean, tienes grandes ideas.

—Sabía que te gustaría. He pensado que quizá necesite tu ayuda. Naturalmente, no sé en qué forma hacerlo. Quizá entre tú y yo lo consigamos. Es lógico que entre dos sea más fácil.

—Sí, querido.

—No quisiera meterte en esto, pero tal como están las cosas no habrá peligro. Tú serás una viajera cualquiera… Nadie conoce la relación que existe entre nosotros dos.

—Sí, Jean.

—Podremos tomar cabinas contiguas. De esa forma podremos estar juntos gracias a la puerta comunicante… Tienes que darte prisa…

—No te preocupes, Jean. Estaré lista en unos minutos.

—Nos veremos en la estación.

—Sí, Jean. Quiero decirte algo. Estoy orgullosa de ti y quiero hacerte el hombre más feliz sobre la tierra. Pero antes has de enviudar.

CAPÍTULO IV

El tren corría hacia Niza agujereando la oscuridad de la noche.

Danielle, a solas en su compartimiento, fumaba un cigarrillo.

Hubo un momento, antes de que iniciase el viaje, en que estuvo a punto de saltar del vagón y regresar junto a Jean.

A pesar de que él había insistido en que no tenía nada, podía ser algo grave.

Pero inmediatamente se dijo que Jean cumpliría su promesa de llamarle por teléfono a Niza.

Y si Jean no la cumplía, volvería a París en avión.

Con ello tranquilizó su conciencia.

Al fin y al cabo, había jugado limpio. Aquel novelista, Alain Dusser, volvería a entrar en el grupo de los desconocidos. Estaba decidido que cuando regresase a París, al cabo de un mes, Alain continuase siendo su vecino. Pero le pararía los pies. Bueno, ya se los había parado.

Naturalmente, Alain había bromeado con ella. En realidad él sólo trató de conquistarla. Eso estaba claro.

Sentíase satisfecha de sí misma porque le había demostrado a Alain Dusser que ella era distinta a las mujeres que él estaba acostumbrado a tratar. Le había dado una lección.

Llamaron a la puerta. Era el mozo.

—¿Va a cenar, señora?

—Sí.

—¿Primero o segundo turno?

—Primero.

—Muchas gracias. Le avisaré aproximadamente dentro de media hora.

El mozo se retiró y Danielle volvió a sumergirse en sus

pensamientos.

Tía Carla se iba a poner muy contenta al verla. Ella era su sobrina predilecta. La verdad era que siempre se había llevado bien con tía Carla. Eso había provocado los celos de sus otros sobrinos, sus primos Emile, Nicole y, especialmente, de aquel despilfarrador de Jacques. Probablemente los encontraría en Niza. Ellos también pasaban largas temporadas en la Costa Azul. Les interesaba no dejar demasiado sola a tía Carla, porque tía Carla era soltera y poseía una fortuna, que se le calculaba en nueve o diez millones de francos. Querían estar cerca de tía Carla para el caso de que le diese un ataque cardíaco porque tía Carla sufría dilatación del corazón.

La muerte era algo terrible. Era una pena que tía Carla tuviese que morir. Tan simpática, tan jovial. Pero así era la vida.

¿Por qué tenía que ponerse ahora triste? El doctor de tía Carla había dicho que lo mismo podía vivir diez años más que morirse en veinticuatro horas. Había que ser optimista, eso era lo más importante.

Al cabo de un rato, el mozo de antes le dijo que podía ir al vagón restaurante.

Ocupaba la silla ante una mesa donde no había nadie cuando oyó una voz a su lado.

—Hola, Danielle.

Alzó los ojos y no lo quiso creer.

Allí, a su lado, estaba Alain Dusser el novelista. En carne y hueso.

—¿Pero cómo está aquí?

—Ya le dije que viajaría a Niza.

—Pero, señor Dusser, no tiene formalidad. Usted sugirió que viajaría mañana.

—Perdone que le haga una rectificación. Yo viajaría mañana a condición de que también lo hiciese usted. Eso quedó sobreentendido, ¿verdad? Usted cambió el horario de su marcha y me vi obligado a cambiarlo también.

Alain ya se había sentado, con la naturalidad tan peculiar en él.

—Es mejor que se marche de esta mesa —dijo Danielle—. Mi marido está al llegar.

—Su marido quedó en casa.

—¿De modo que me espió?

—Así fue.

—¿Cree que eso es noble per parte de un vecino?

—Estoy realizando el acto de nobleza más grande de mi vida. Usted no debe ir sola por el mundo lleno de peligros.

—Ahora ya apareció el novelista.

—Sea una buena niña y deje que cuide de usted.

—No soy ninguna niña.

—Hablaba en sentido figurado, Danielle. Quiero hacerle una propuesta.

—La rechazo desde ahora.

—¿Por qué la rechaza sin haberla escuchado?

—Imagino qué clase de propuesta me va a hacer. Va a repetir lo de ocupar el lugar de mi marido.

—No. Viajaremos como dos amigos. Simplemente eso. Como dos personas, un hombre y una mujer, que se han conocido y se cuentan sus vidas, o hablan acerca de cualquier tema.

—¿De verdad quiere eso?

—Sí, Danielle, aunque para ello tenga usted que realizar el tremendo esfuerzo de olvidar que estoy perdidamente enamorado de usted.

—Se equivoca. No haré ningún esfuerzo. Ya está olvidado.

—Muchas gracias… Entonces, ¿estamos de acuerdo?

La joven miró suspicazmente el rostro de Alain. Se estaba preguntando si él hablaría en serio. En realidad, se sentía un poco defraudada de que él no le hiciese el amor. Pero ¿qué pensamientos tan absurdos se le estaban ocurriendo? Ella era una mujer casada y debería sentirse satisfecha de que Alain fuese a hablar con ella de algo, sin mezclar sus futuras relaciones. Cielos, otra vez había cometido el mismo error. ¿Qué futuras relaciones podía haber entre ambos?

—Sí, señor Dusser. Estamos de acuerdo, pero empiece usted primero. Cuénteme su vida.

—Será un placer, Danielle —dijo Alain y dio unas palmaditas sobre la mano de la joven.

Danielle sintió un estremecimiento al sentir aquel contacto.

Titubeó en retirar la mano, pero finalmente la dejó allí. La razón era muy simple. Le agradaban aquellas palmaditas.

* * *

—Tu mujer no viaja sola —dijo Pauline entrando en el compartimiento de Jean Lacomte por la puerta comunicante.

—Claro que viaja sola.

—Vengo del comedor y la he visto hablando muy divertida con cierto individuo.

—Bueno, será cualquier tipo que se sentó a comer con ella. Un viajero.

—No me dieron la impresión de ser unes viajeros que se han encontrado casualmente.

—¿Por qué no?

—Hablaban como si se conociesen hace mucho tiempo. De vez en cuando, él apretaba la mano de tu mujercita.

—No puede ser.

—Te aseguro que lo vi bien. Él le apretó la mano no menos de cuatro veces. Y otra cosa. En esos momentos observé la cara de Danielle, ¿y sabes lo que te digo? Que a ella le gustaba.

Jean había fruncido el entrecejo.

—Eso que cuentas es muy extraño. No puede ser.

—Al fin y al cabo, ella puede tener también sus amigos.

—Conozco a todos sus amigos. ¿Cómo es él?

—Unos treinta años, alto, es guapo y parece muy viril, ojos azul claro. Tiene un hoyuelo en el mentón.

—No he visto a ese tipo en mi vida.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Danielle no tiene ningún amigo con los ojos azul claro y con un hoyuelo en el mentón.

—Eso lo explica todo.

—No te comprendo, nena.

—Debe ser su amante.

—¡Pauline!

—¿Qué otra cosa puede ser?

—Danielle me es fiel.

Pauline rió sarcásticamente.

—Los hombres sois unos bichos la mar de raros. En cuanto se os sugiere la idea de que vuestra mujer os pueda ser infiel, rechazáis semejante insinuación. A vosotros no os puede ocurrir eso, a los

demás sí. Además, ¿qué puede importarte si ella te engaña? ¿No la engañas tú también?

—No lo decía en ese sentido. Dime, ¿por qué viajamos en este tren?

—Para matar a Danielle.

—Si ese hombre fuese algo más que un conocido para Danielle, las cosas podrían resultar difíciles… Por eso, espero que te equivoques. Era la única razón. Y te corresponde a ti averiguarlo, Pauline. Yo no puedo salir de aquí. Si mi mujer me descubriese en el tren, nuestro plan se vendría abajo.

—Lo sé, querido. Me encargaré de vigilar a tu mujercita.

Jean abrió un maletín del que sacó una llave maestra.

—Necesitamos que ella esté sola en su compartimiento y que duerma. Esta llave hará lo demás. Podré entrar en su cabina y terminar de una vez lo que hemos empezado.

—Volveré al vagón restaurante.

—Regresa en cuanto sepas más noticias.

—Esperaré que ella vuelva a su cabina para decirte si lo ha hecho sola.

* * *

Habían hablado durante la cena.

A Danielle se le había hecho el tiempo muy corto. Ahora conocía mejor a Alain. Era un hombre agradable, muy sensato.

—Debemos separarnos ahora —dijo ella.

—La invito a mi compartimiento.

—Gracias, pero no puedo aceptar.

—Yo iré al suyo.

—De ninguna forma —protestó Danielle.

—Le prometo estarme quietecito, si es lo que le preocupa.

—A pesar de ello, no puedo consentir que esté conmigo a solas.

—Muy bien, contrataré a un mozo del tren para que esté con nosotros.

—Sería muy gracioso, pero tampoco puedo aceptarlo. Me dijo usted al principio que fuese una buena niña, y ahora yo le digo que debe portarse como un buen muchacho.

—Está bien —rezongó él—. ¿Cuándo la veré?

—Alain, quiero hablar en serio con usted.

—No hemos dejado de hablar en serio desde que nos encontramos.

—Tengo un marido y prometí amarlo hasta la muerte.

—Eso está muy bien.

—Pero lo descarta a usted.

—He dicho que me conformo con ser su amigo.

—Desde luego no podrá ser otra cosa, y me temo que no le interesará seguir una amistad de la que no va a sacar ningún beneficio.

—Claro que lo sacaré.

—¿Es un desafío, Alain?

—Oh, no, no me interprete mal. Quiero decir que puedo ser su confidente, por ejemplo.

—Tengo la plaza ocupada, pero debo advertirle que no es un hombre, sino una mujer. Se llama Elena. Y no trate de buscar otros cargos, no los encontrará.

—Dentro de un par de días pensará en mí y me echará de menos.

—No creo que ocurra eso.

—Dígame dónde la puedo llamar.

—Es mejor que no se lo diga. Y le voy a decir otra cosa. Cuando llegue a Niza tome el avión de París y cuando llegue allí búsquese otra casa.

Alain se echó a reír.

—Tampoco me quiere como vecino.

—No.

—Magnífico.

—¿Por qué dice magnífico?

—Empieza a sentir algo por mí. Se teme a sí misma, a los sentimientos que yo pueda despertar en su corazón.

—Deje de hablar otra vez como uno de sus personajes y sea formal…

—Suponga que hubiese conocido antes a mí que a Jean, ¿qué hubiese pasado?

La joven quedó unos segundos titubeando. Se mordió el labio inferior.

—Es usted terrible, señor Dusser. No debió poner ese ejemplo.

Buenas noches.

Poco después, Danielle, en su compartimiento, encendió un cigarrillo y paseó nerviosa de un lado a otro.

En su cerebro rebotaban las ideas.

Era absurdo, inverosímil lo que le estaba ocurriendo.

Ella quería a Jean. Se había enamorado de él y, naturalmente, por eso se casó con él.

Estaba fuera de toda duda que ella no podía traicionar a Jean.

Siempre le había sido fiel.

No, no había ningún peligro de que ella lo engañase con otro hombre, ni siquiera con Alain Dusser.

Estaba satisfecha de sí misma.

Se había comportado de la forma más honorable mostrando sus naipes a Alain.

Y ahora el novelista se batiría en retirada, de eso no tenía ninguna duda.

Alain no era de la clase de hombres acostumbrados a perder el tiempo con una mujer. Lo querían todo o nada.

Alain aceptaría su consejo. Probablemente, cuando llegase a Niza él no saldría de la estación, atraparía el siguiente tren y se acabó la aventura.

Pero ¿podía hablar de alguna aventura?

En absoluto. Lo que había ocurrido entre ella y Alain se podía considerar como un simple encuentro entre dos personas. Era normal que ella se pudiese relacionar con un hombre hoy y otro mañana, completamente lógico viviendo en una ciudad poblada por millones de seres.

Las relaciones sociales eran inevitables, incluso para las personas menos predispuestas a ellas.

Introdujo la punta del cigarrillo en el cenicero.

Pulsó el timbre y cuando llegó el mozo, éste le preparó la cama.

Le dio una propina y volvió a quedar a solas cuando el empleado salió.

Se desvistió poniéndose el camisón.

Bostezó en la cama.

Había concedido demasiada importancia a algo que era puramente incidental.

Pero no dejaba de ser interesante eso de llamar a atención de un

hombre como Alain que tenía una agenda con el número telefónico de docenas de muchachas.

Poco después dormía.

En su sueño vio a un hombre que se acercaba a ella. Tenía la cara cubierta con una máscara.

La invitaba a bailar. Se oía la música, pero no se veía a los que la interpretaban.

El hombre de la máscara la tomaba por la cintura y, cosa extraña, ella bailaba en camisón.

Daban vueltas y más vueltas sobre una plataforma circular que estaba apoyada en nubes de algodón.

Ella se sentía invadida por una extraña y maravillosa sensación. Era la suprema felicidad.

Sonreía al hombre de la máscara porque era él quien le proporcionaba aquella dicha.

La música se fue apagando poco a poco, hasta cesar. Ellos también se detuvieron.

Fue entonces cuando el hombre se quitó la máscara.

Danielle quedó aturdida porque el hombre con el que había bailado no era Jean, sino Alain Dusser.

—Querida —dijo él.

La estrechó contra sí y la besó en la boca.

En un principio sintió el deseo de apartarse de él.

Pero era tan maravilloso aquel beso que le echó los brazos al cuello.

Ella también estaba besando a Alain, a su vecino…

De súbito, un ruido la despertó.

Estaba sudando.

Recordó su sueño y se avergonzó.

¿Sería malo traicionar al marido con un sueño?

No, no podía serlo. Después de todo entre ella y Alain sólo había habido un baile y un beso.

Sinceramente, no podía imaginar lo que hubiese ocurrido después pero el hecho es que estaba despierta. Eso era una suerte.

¿Y qué la había despertado?

Había sido un ruido.

Pero ella estaba sola en aquella cabina.

De repente escuchó una respiración.

No era la suya, estaba segura.

Había alguien allí, además de ella.

Sólo un nombre acudió a sus labios.

—¿Es usted, Alain?

No obtuvo respuesta, pero siguió escuchando aquella respiración.

Ya no tuvo ninguna duda.

Gritó.

CAPÍTULO V

Se arrimó a la pared viendo brillar algo en la oscuridad.

Era un cuchillo.

Gritó otra vez.

El cuchillo rasgó el aire y fue en busca de su cuerpo. Danielle alargó la mano para detener el golpe. Pero aquel brazo estaba impulsado con mucha fuerza. El cuchillo se hundió en la almohada.

De pronto, aquel brazo que ella sujetaba por la muñeca dio un tirón.

La sangre se había helado en las venas de la joven. Oyó un portazo. Su agresor huía.

Encendió la luz. Quedóse asombrada viendo el cuchillo que estaba hundido en la almohada.

La puerta se abrió otra vez de golpe.

Danielle fue a dar otro grito, pero se contuvo al ver a Alain Dusser.

—¿Gritó usted, Danielle?

—Sí.

—¿Fue una pesadilla? —Alain vio el mango del cuchillo que sobresalía de la almohada.

Dio unos pasos hacia el lecho de Danielle.

—¿Qué significa esto, Danielle?

—Alguien intentó asesinarme.

—Cuéntemelo todo.

—Yo estaba durmiendo —se interrumpió al recordar su sueño, pero, enseguida agregó—: Desperté al oír un ruido. Había un hombre aquí.

—¿Está segura de que era un hombre?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque toqué el vello de su muñeca.

—Pero ¿quién la quiere matar?

—No lo sé.

—Quizá yo tenga una respuesta… Un ladrón entró a robar. Tropezó con algo y usted se despertó. Entonces el ladrón se asustó y quiso matarla. Otras veces ha ocurrido.

Danielle entornó los ojos mirando la cara de Alain.

—Ha dado su explicación muy rápidamente.

—Es cuestión de imaginación. No olvide que soy novelista.

—¿Quién me asegura que no fue usted, Alain?

—¿Yo? ¿Pero por qué se le ocurre eso? ¿Por qué iba a matarla yo?

—No conozco sus motivos, pero podía tener uno. Eso explicaría por qué vino a mi casa, por qué entabló amistad conmigo.

—Me está demostrando que usted también posee imaginación… No, querida, no quiero matarla. Todo lo contrario. Deseo que viva mucho tiempo porque usted se ha convertido en algo muy importante para mí.

—Está bien. Salga.

—Es preciso que llamemos a la policía. Ellos se encargarán de la investigación. Eso le indicará que no soy su agresor. Sacarán huellas digitales y ofreceré las mías voluntariamente.

—No serviría para convencerme. Me di cuenta de que el asesino usaba guantes.

—¿Guantes? Parece que ese hombre pensó en todo. Lo cual demuestra que es un profesional… A menos que alguien tenga un motivo muy fundado para quitarla de en medio, Danielle.

—No tengo enemigos, señor Dusser, siempre me he llevado bien con todo el mundo.

—En tal caso, no queda más que la hipótesis del ladrón. ¿Quiere que llame a la policía?

—No. Le diré el motivo. La noticia saldría en los diarios y ello alarmaría a mi esposo… Estoy dispuesta a creer lo que usted dice. Que fue un ladrón. En ese caso, no hay peligro que vuelva otra vez.

—Sí, tiene razón. Es lógico que no vuelva a repetir su intento.

Danielle quitó el cuchillo clavado en la almohada y lo guardó debajo.

—Ya puede marcharse, Alain. Gracias por su colaboración.

Alain se rascó el cogote.

—Debería montar guardia aquí dentro.

—No lo consentiré.

—Está bien —contestó Alain dando un suspiro—. Pero sólo estaba pensando ahora en su seguridad.

—Es usted muy amable, pero ya ha visto que puedo defenderme sola.

—Buenas noches, Danielle —dijo él, y salió de la cabina.

Al quedar a solas, Danielle encendió un cigarrillo.

Sintió un escalofrío, pero eso era normal porque durante los últimos minutos había quedado convertida en un bloque de hielo.

Pensó otra vez en aquel hombre que había sorprendido en su cabina al despertar de su sueño.

Sí, Alain estaba en lo cierto, no podía ser otra cosa que un ladrón.

Pero ¿por qué había sospechado de Alain?

No supo contestar a esa pregunta.

* * *

Cuando Jean entró en el compartimento, Pauline lo recibió echándole los brazos al cuello.

—Querido, por fin…

Jean estaba sudoroso, pálido.

—No cantes victoria todavía, nena.

—¿Quieres decir que no está muerta?

—Continúa tan viva como tú y como yo.

—¿Por qué fallaste? No me digas que te arrepentiste.

—No, querida. No me arrepentí. Entré en su compartimento con el ánimo de terminar cuanto antes con ella. Pero ocurrió una fatalidad. Se despertó y se puso a gritar. Traté de asestarle una cuchillada, pero no pude verla bien en la oscuridad y fallé. Además, ella logró desviar mi brazo.

Pauline se apartó de él y dejóse caer en el asiento.

—Tenemos la negra.

—O ella tiene mucha suerte.

—Para nuestros efectos da lo mismo una cosa u otra. Lo cierto es

que sigue viva.

—Y lo peor es que no puedo repetir mi intento.

—¿Ya te has ablandado? —dijo ella con despecho.

—No, no es eso. Me refiero a que en el tren se acabó ya todo. No puedo ir otra vez allí y abrir con mi llave maestra. Seguro que está prevenida y no pega ojo en toda la noche. Pero eso no es lo peor. Puede llamar a la policía. Dejé el cuchillo sobre la almohada… Si me descubre, estoy perdido. ¿Por qué el señor Lacomte viaja en el mismo tren que su esposa sin que ella lo sepa? Para ellos será como sumar dos y dos y tendrán al culpable. No lo había pensado hasta ahora.

—Lo creo, cuando entraste tus nervios parecían cuerdas de guitarra.

—Anda, búrlate encima.

—¿Crees que puedo tomar esto en serio? ¿Qué clase de asesino eres tú?

—Cállate, no digas esa palabra. Escucha bien. Voy a volver a mi compartimento. Necesito recuperar la tranquilidad.

—Sí, querido. Estoy de acuerdo en que la necesitas recuperar enseguida.

—Tú y yo no nos conocemos. Si me preguntan, daré a conocer mi identidad. Quiero dar una sorpresa a mi mujer. Ellos sospecharán de mí, pero no tienen ninguna prueba. No pueden hacerme nada, ¿lo oyes? Sólo tú podrías echarlo a perder. Pero somos dos desconocidos.

—No te preocupes, por el camino que sigue esto, terminaremos por serlo realmente.

—No digas eso, Pauline.

—¿Qué quieres que diga, entonces?

—Todo se arreglará… La próxima vez pondré un poco más de cuidado.

—¿Dónde será la próxima vez?

—En Niza, naturalmente.

Pauline se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué vas a hacer, Pauline?

—Comprobaré si hay movimiento.

Abrió la puerta y asomó la cabeza. Permaneció así un par de minutos.

Por último se introdujo otra vez, cerrando la puerta.

—Todo está tranquilo. ¿Estás seguro de que no la mataste?

—Claro que no la maté. Clavé el cuchillo en la almohada. Lo sé bien. De todas formas, será mejor que vuelva a mi cama. Volveremos a hablar dentro de unas horas.

Ella se acercó otra vez melosa a él y lo besó en los labios.

—Debí regalarte algún libro de ésos. «Cómo asesinar en diez lecciones».

—Eres muy chistosa, pero debías estar tú en mi lugar.

—¿Quién te ha dicho que no me pondré? Estoy de acuerdo en que, si fallaste, lo debo intentar yo ahora. —Pero no en el tren.

—No, querido.

—Tienes razón en que debemos esperar a repetir nuestro golpe en Niza.

* * *

Estaban llegando a Niza.

Danielle estaba lista para abandonar el tren y dirigirse a la villa de su tía Carla.

Llamaron a la puerta de su compartimiento.

—Adelante —dijo creyendo que era el mozo.

Pero era Alain Dusser.

—¿Qué tal descansó, Danielle?

—Muy bien. Ya no hubo nadie que me despertase.

—Eso ya lo sé.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo estuve vigilando fuera.

La joven enarcó las cejas.

—¿Quiere decir que se pasó la noche en el corredor?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Tiene necesidad de preguntarlo? Ya le dije que usted es muy importante para mí. Anoche para tranquilizarla le dije que se trataba de un ladrón, pero nunca supuse que fuese un ladrón.

La joven agrandó los ojos.

—Entonces usted cree que el hombre que entró aquí…

—Entró a asesinaría.

Danielle se echó a reír.

—Oh, es la cosa más absurda que he oído en mi vida... Por fortuna, no puedo tomar en consideración sus palabras. Las dice un hombre que se gana la vida escribiendo.

—Un ladrón nunca reacciona de la forma en que su visitante lo hizo. Usted despertó, y él debió marcharse. Pero intentó matarla, a pesar de que pudo huir sin ningún peligro. Sin embargo él se acercó a su litera e intentó asesinarla con su cuchillo. Un ladrón sabe lo que le espera cuando mata a alguien.

—Pudo ser un ladrón aficionado.

—Es posible.

—Entonces hubiese reaccionado como lo hizo, ¿no le parece?

—Quizá.

—Llegado a este punto de nuestra conversación, creo innecesario seguir hablando.

—Estaré alojado en el hotel Internacional.

—Me temo que no recibirá noticias mías, Alain.

—De todas formas, estaré allí y acudiré a su lado en cuanto me necesite.

—Gracias, Alain, pero estoy segura de que no hará falta llamarle.

* * *

Tía Carla, una mujer de setenta años, regordeta, de rostro simpático, cabello blanco, besó a Danielle repetidas veces.

—Querida, estás más bella que nunca.

—Gracias, tía. Tú siempre tan halagadora.

—Es la pura verdad. Ya tenía ganas de que estuvieses conmigo.

—¿Dónde están mis primos?

—No te hará falta ir muy lejos para encontrarlos.

—Ya entiendo. Están aquí.

—Prefieren mi casa, para hacerme la vida imposible.

—Tía, creo que eres injusta Con ellos.

—Ya salió la defensora de esos tres monstruos.

—En primer lugar no deberías llamarlos así. Son tan sobrinos tuyos como yo.

—Es lo que me pregunto a veces, si en realidad circula por sus

venas la misma sangre.

—Tía, estás ofendiendo a tus hermanos.

—Está bien, olvidemos a mis hermanos, que ya están muertos, y tengamos presentes sólo a los vivos. ¿Sabes la última hazaña de Jacques?

—¿Cuál es?

—Se emborrachó en un club nocturno, pegó a un camarero, a dos clientes, al *maître*, abofeteó a la artista que estaba con él. Cielos, armó un escándalo de mil diablos como no se conocía otro en Niza desde hace mucho tiempo… Lo detuvieron. Por mi gusto lo hubiese dejado en la cárcel. Es lo que necesita ese muchacho para corregirse… ¿Qué crees que me dijo cuándo logré que lo dejasen en libertad?… Jacques dijo que él era un
«ye-yé»
y que necesitaba una experiencia carcelaria para cuando escribiese sus memorias.

Danielle se echó a reír.

—¿Lo encuentras gracioso, sobrina?

—No, tía… Pero no tengo más remedio que reírme al ver la cara que pones al contarlo.

—El dueño del club nocturno me pasó la factura, y te aseguro que ha sido bastante considerable.

—Háblame de los demás, de Emile y Nicole.

—Emile sigue con sus manías de los trenes. Se ha comprado otros dos modelos. Tiene convertida su habitación en el nudo ferroviario más enrevesado del mundo…

—Hay muchas personas que tienen ese «*hobby*».

—Pero no son retrasados mentales como tu primo Emile.

—No lo llames así, tía.

—Emile tiene ya veintitrés años, y según los dos siquiatras a los que pagué para que lo examinasen, tiene la mentalidad de un chiquillo de nueve años.

—¿Qué hay de Nicole?

—Como siempre. Con unos y con otros.

—¿No ha encontrado todavía al hombre de su corazón?

—¿Cómo lo va a encontrar si no les da tiempo a que le hablen? Sólo piensa en divertirse… Y ya lo ves, ninguno de tus primos se preocupa de mí. Sólo quieren mi dinero, pero yo les voy a imponer

mi castigo. Te aseguro que así es.

—¿A qué castigo te refieres?

—He hecho nuevo testamento. Te lo dejo a ti todo. Bueno, cada uno de los otros sobrinos recibirá una buena porción de dinero. Pero mis negocios pasarán a tu nombre. Las fábricas, los molinos…

—¿Por qué has hecho eso?

—La respuesta es muy sencilla. Ellos venderían enseguida cuanto les dejase. No tienen amor a la tierra, ni a los negocios que levantó mi marido… Sólo quieren dinero, nada más que dinero… Muy bien, lo tendrán, pero todo lo demás será para ti. Sé que lo administrarás bien.

—No estoy de acuerdo con tu decisión, tía.

—Ha sido lo más conveniente y también lo más justo.

—¿Te das cuenta de que les has proporcionado una nueva oportunidad para odiarme?

Ahora fue tía Carla la que se echó a reír.

—No hacía falta mi nuevo testamento para que te odiasen. Siempre lo han hecho, aunque con mucha cordialidad.

—Ya tengo una misión que cumplir durante mi estancia contigo, tía Carla. Convencerte para que revoques ese testamento y dejes una parte igual a tus sobrinos.

—Ni lo sueñes. No creas que adopté mi decisión a la ligera. Lo pensé durante mucho tiempo. Y lo que está escrito, escrito quedará. Pero dime, ¿por qué no ha venido tu esposo contigo?

—Tenía que asistir a una reunión con sus compañeros de armas.

—No sabía que fuese militar.

—No lo es. Se trata de los amigos que conoció cuando estuvo en el ejército.

—¿Eres feliz con Jean?

—Sí, claro.

—Ya empiezo a dudarlo.

—¿Por qué?

—Has empleado un tono de voz un poco extraño.

—Son suposiciones tuyas, tía. Siempre estás buscando un motivo para guerrear contra todos.

Tía Carla dio un gruñido.

—Es posible que tengas razón. Guerrear, eso ha sido lo mío.

—Pues ya deberías enterrar el hacha, querida tía Carla. ¿No has

oído hablar de la coexistencia pacífica?

—Sí, pero el que habla de ella, nunca ha estado en mi lugar, ni ha conocido a tus queridos primos.

Una voz llegó desde la puerta del saloncito donde se encontraban.

—Vean a la tía con su sobrina predilecta en hermosa conversación, ¿o debo decir confabulación?

Danielle miró a su prima Nicole. Era ésta una joven de unos veintitrés años, muy esbelta, de figura sugestiva. Su rostro era exótico, de mejillas hundidas y labios salientes. Lucía una hermosa melena negra a lo Françoise Hardy.

Tía Carla soltó un gruñido.

—¿Qué haces ahí espiándonos?

—Querida tía, no he espiado, aunque he empezado a sentir deseos de hacerlo para entrenarme un poco. Cuando nos hayas dejado en la indigencia, tendré que hacer algo para ganar dinero. Y entre todas las profesiones, tengo la impresión de que sólo serviré para robar planos a los hombres de ciencia. ¿Qué tal esta caída de ojos para sabio atómico?

Nicole acompañó, efectivamente, sus palabras con un parpadeo, que no estaba exento de comicidad.

—¿La has visto, Danielle? —dijo tía Carla—. Su desfachatez es irritante.

—Pero querida tía, ¿qué quieres que haga? —repuso Nicole—. ¿Te ha dicho ya que nos desheredó, querida prima?

—No os he desheredado.

—Oh, perdona, querida tía. Es cierto, no del todo. Nos va a dejar unos cuantos francos, para que podamos comprarnos algún recuerdo en su nombre.

—¿La estás oyendo, Danielle? Quiere vengarse de mí. Me quiere matar. Eso es lo que busca ella, que me de un ataque al corazón y que me quede tiesa en la butaca.

—Pero ¿de qué corazón hablas, tía Carla? ¿Estás segura de que también tienes esa víscera dentro de tu pecho?

Danielle se acercó a Nicole.

—Hola, Nicole. ¿Por qué no me acompañas a la habitación y hablamos de nuestras cosas?

—¿Tú y yo? No me hagas reír, prima. Nosotras tenemos muy

pocas cosas de que hablar. Además, me está esperando un muchacho. Si me aburro con él, tal vez vuelva pronto a casa y entonces te concederé unos minutos.

—Entonces no tengo más remedio que pedir que te aburras con tu acompañante.

Nicole hizo un saludo con la mano y se dirigió hacia la salida de la casa.

—No sé cómo la soporto —dijo tía Carla—. Le doy de comer, dinero para los vestidos y hasta para sus amigos, y mira cómo me lo paga.

—Cálmate, tía Carla.

—Es lo que intento hacer, calmarme, pero cada vez me resulta más difícil.

—Ya hablaremos luego. Ahora tú y yo necesitamos un poco de descanso. Voy a mi habitación —besó a su tía en la mejilla.

—Menos mal que has venido, querida Danielle. Tú eres la única que puedes hacer cambiar las cosas.

—Eso espero —dijo Danielle.

Se dirigió hacia el piso superior. Conocía su habitación, era la que siempre le destinaba tía Carla. Un criado había dejado allí sus maletas.

Jean no había llamado y eso quería decir que él estaba bien.

Necesitaba tomar un baño. Luego dormiría un poco porque la verdad era que en el tren apenas lo había hecho después del incidente.

¿Tendría razón Alain y el hombre que entró en su compartimiento no era un ladrón sino un asesino dispuesto a matarla?

Estaba buscando una respuesta cuando la puerta de su habitación se abrió.

Era su primo Jacques, el cual se apoyó en el marco, las manos en el bolsillo y cruzó las piernas.

Jacques sonreía con un aire cínico. Sus ojos siempre le habían recordado los de un reptil.

—¿Cómo estás, primita?

—Muy bien, Jacques, ¿y tú?

—No me puedo quejar. —Jacques se encogió de hombros—. Has llegado en el peor momento, querida prima.

—¿Por qué en el peor momento?

—Aquí podría ocurrirte algo desagradable… Por ejemplo, alguien te podía matar.

CAPÍTULO VI

Danielle inspiró profundamente. Le desagradaba Jacques, pero al mismo tiempo, no podía olvidar que era su primo.

—¿Es otra de tus bromas, Jacques?

—En absoluto.

—¿Quién me va a matar?

—Somos tres los presuntos asesinos. Puedo matarte yo, tal vez Nicole, y quizá se decida mi hermano Emile a realizar el trabajo.

—¿Cuál sería el motivo? Sé que me habéis odiado, pero nunca creí que quisierais meterme en un ataúd.

—No seas ingenua, primita. Tía Carla te ha informado ya de su nuevo testamento. Os escuché desde lo alto de la escalera.

—Tía Carla pensó que Nicole estaba espiando, sin embargo eras tú.

—Digamos que fuimos los dos.

—Así que me mataríais por el dinero de tía Carla.

—En realidad la razón es otra. Tía Carla no te habló de una cláusula especial.

—¿Qué cláusula es ésa?

—Si tú mueres, Nicole, Emile y yo heredaremos a tía Carla por igual. Siempre a condición de que tú te vayas al cementerio antes que tía Carla.

—Óyeme bien, Jacques. Te he comprendido perfectamente, pero no te tengo miedo. Siempre fuiste malo, pero no te creo capaz de cometer un crimen.

—Gracias, querida prima. Tus sentimientos hacia mí me llenan de sano optimismo. Pensé que era un sujeto sin entrañas, pero gracias a ti, me doy cuenta de que en realidad soy un ser humano.

—Deja ya de representar ese papel de traidor de melodrama con

estudios universitarios.

—Eh, cuidado, no me insultes. Es cierto que fui a la Universidad, pero he de recordarte que me expulsaron. Y lo hicieron a toda orquesta, con un tribunal de honor.

—Por lo visto, te sientes muy orgulloso de ello.

—El abuelo me decía que tenía que haber nacido en el siglo XVI, la época de los grandes conquistadores y guerreros. Pero ya que nací en el siglo XX y no hay nada que conquistar, he de hacerme notar por algo.

—Esto te sería muy fácil. Eres inteligente. Bastaría con que te dedicases a trabajar para que alcanzases notoriedad.

Jacques dio un bostezo y se cubrió tardíamente la boca con la mano.

—¿He oído algo de trabajar?

—Sí, primito, hablé de que trabajases.

—Perdona, pero no quiero seguir escuchándote. Eres una mujer capaz de desmoralizar al hombre más sensato —se dispuso a salir.

—Espera un momento, Jacques.

—¿Qué quieres, querida Danielle?

—No quiero la fortuna de tía Carla. Yo tengo bastante dinero. Vine a pasar una temporada con ella y trataré de convencerla para que haga un nuevo testamento dejando a cada uno de nosotros una parte igual de su herencia.

—¿A quién se la quieres pegar, ricura?

—A nadie, te estoy diciendo la verdad.

—No te creo… Te he amenazado con la muerte y tienes miedo, sólo quieres que nos estemos quietecitos.

—No te tengo miedo, ni a ti ni a ningún otro miembro de la familia.

—Lo celebro mucho —sonrió Jacques—. Sí, señor, lo celebro mucho.

Jacques salió de la habitación.

Danielle apretó los dientes rabiosa. Tuvo ganas de ir detrás de su primo y soltarle cuatro frescas, pero decidió que nada iba a adelantar.

Nerviosamente todavía, encendió un cigarrillo y paseó por la estancia.

De pronto una idea cruzó por su mente. Era respecto al hombre

que la había intentado matar con el cuchillo.

¿Y si había sido pagado por alguno de sus primos?

Ya había visto a Nicole y a Jacques, pero le faltaba ver a Emile…

Fue a su habitación y llamó suavemente a la puerta.

Luego entró.

El suelo estaba ocupado totalmente por una red ferroviaria. Dos trenes circulaban por las vías. Emile estaba sentado en un almohadón, manejando el control de los artefactos.

Era un muchacho rubio, de unos veinte años, de facciones alargadas.

Todavía no se había dado cuenta de la presencia de su prima, absorto en el juego.

—Hola, Emile.

El muchacho dio un respingo. Miró con ojos asustados a su prima, dio un grito y se apartó del control de los mandos.

Los dos trenes se fueron parando poco a poco.

—¿Qué te pasa, Emile?

—No quiero que me los quites, todo esto me pertenece, lo compré con mi dinero. No tienes derecho a quitármelos.

—No te los quitaré, Emile.

—Mientes, Jacques me lo dijo.

—¿Qué te dijo Jacques?

—Que tú vendrías a quitármelo todo… Conseguirás de tía Carla que me metan en un sitio donde hay ventanas con barrotes y allí no me dejarán jugar con mis trenes.

—Es Jacques quien te ha engañado. No he venido para llevarte a un sitio con ventanas enrejadas. Me gustan tus trenes, son muy bonitos.

Danielle se acercó a un convoy.

—¡No lo toques! —gritó Emile.

Danielle detuvo su mano y miró a Emile. Sus ojos se habían dilatado.

—Emile, te repito que me gustan tus trenes. ¿Sabes una cosa? Te voy a comprar uno nuevo.

—No necesito que me compres nada.

—¿No te gustaría tener un nuevo modelo?

—Claro, me gustaría tenerlo, pero no quiero que me lo compres

tú.

—¿Por qué no?

—Jacques me previno contra ti. Me dijo que tratarías de hacerte la simpática. Jacques dice que vienes a robar nuestro dinero. Ha dicho que nunca podré hacer lo que había pensado porque tía Carla me dejará muy poco dinero.

—¿Qué habías pensado, Emile?

—Tener una casa mía con un jardín. —Emile miró nerviosamente al suelo con una sonrisa—. Con una gran estación, Tendré muchos trenes… Por docenas…

Danielle se dijo que Jacques había trazado un plan en su ausencia. Sí, no había ninguna duda de que Jacques tenía los instintos de una serpiente de cascabel. Estaba lleno de ponzoña.

—Emile, debes estar tranquilo, no quiero hacerte daño, ni a ti ni a los demás. Quiero respetar tu parte en la herencia de tía Carla…

—Jacques no dice eso.

—Te he dicho que Jacques miente.

—Quiero que me dejes en paz, Danielle. No vuelvas a entrar aquí…, o tendré que matarte.

Danielle sintió un escalofrío por la espalda. Jacques había hablado de matarla y ahora Emile lo repetía.

Comprendió que no podría convencer a Emile. Jacques ejercía sobre él una nefasta influencia, siempre la había ejercido.

—Está bien, Emile, ya me voy. Creo que no te convenceré de que no te quiero hacer ningún daño.

Echó a andar hacia la puerta y oyó cómo los trenes se ponían en movimiento. Emile estaba absorto de nuevo en dirigir su juguete.

Cuando se encontró en su habitación, sintió deseos de atrapar sus maletas y marcharse. Pero ¿qué adelantaría con eso?

Tía Carla nunca cambiaría voluntariamente su testamento. Sólo ella, Danielle, podría convencerla.

* * *

Se habían alojado en el hotel Topace como marido y mujer.

Jean había dado un nombre falso.

Ahora se encontraban en el dormitorio, ella tendida en el lecho, él fumando un cigarrillo junto a la ventana, mientras contemplaba

el mar azul.

—Querido, estas últimas horas han sido muy agradables, pero ¿no te parece que es el momento de que pensemos que no vinimos a Niza a pasar una luna de miel?

—Yo no lo he olvidado.

—¿Cómo piensas ahora acabar con ella?

Jean miró a Pauline y le sonrió.

—Será mucho más fácil de lo que imaginas. En realidad, ahora que lo pienso, cometí un error al tratar de librarme de ella en el tren.

—Ven aquí, y Cuéntamelo, querido.

Jean se sentó en el borde.

Pauline le pasó un brazo por el cuello.

—¿Dónde lo harás?

—En la misma casa de tía Carla.

—¿Por qué allí?

—Porque conozco la casa. He sido huésped de tía Carla en dos ocasiones. Siempre acompañando a mi mujer, naturalmente. También conozco la habitación que Danielle tiene destinada, siempre es la misma.

—¿Cómo vas a entrar?

—Mi llave abre todas las puertas. Pagué mucho por ella y hasta ahora sirvió para poco. He de justificar la inversión que hice.

—¿Cuándo irás a la casa de tía Carla?

—Esta misma noche. No quiero demorarlo más. A Danielle puede ocurrírsele en cualquier momento llamarme a París. Si no contesto pensará que he salido por cualquier motivo, pero si repite sus llamadas, empezará a alarmarse y tomará el avión como me prometió. Me interesa terminar con ella cuanto antes.

—Sí, querido. Opino lo mismo. Cuanto antes se acabe, más pronto nos libraremos de esta pesadilla.

El volvió su cara hacia ella y la besó en la comisura de la boca.

—Será esta noche, Pauline, y esta vez no se podrá librar.

* * *

Danielle había terminado de bañarse y se frotaba con la toalla cuando sintió que la puerta de su habitación se abría.

—¿Quién es?
—Nicole, querida prima.
Danielle rodeó su cuerpo con la toalla y salió del cuarto de baño.
Nicole estaba sentada, las piernas cruzadas, y fumaba un cigarrillo.
—Al parecer, ese muchacho te aburrió enseguida —dijo Danielle.
—Es un tipo pesado, no sabes cuánto.
—Nicole, ¿es cierto lo que dijo Jacques?
—¿Qué es lo que dijo Jacques?
—Que me queréis matar.
—Oh, sí, Jacques habló de eso conmigo. Dijo que convenía por todos los medios que tú desaparecieras antes que tía Carla. De esa forma todo el pastel sería para nosotros.
—¿Y estuviste conforme?
—No, querida prima. No puedo verte ni en pintura, eso es verdad. Pero de eso a mancharme los manos con tu sangre, media un abismo.
—Gracias por tu sinceridad.
—No te entusiasmes demasiado. No convencí a Jacques para que te dejase en paz.
—¿Quieres decir que él me va a matar?
—No lo sé, pero no me extrañaría que lo intentase. Aunque es demasiado cobarde para hacerlo por sí mismo. Imagino que pedirá ayuda a Emile.
—¿Y si hubiese contratado a un asesino profesional?
Nicole arrugó su naricilla.
—No había pensado en semejante posibilidad. Tienes razón, Danielle. Lo he visto en algunas películas. Existen asesinos profesionales, individuos que están dispuestos a liquidar a cualquiera a cambio de una cantidad de dinero.
Danielle respiró profundamente.
—Anoche intentaron asesinarme.
—¿Qué dices?
—En el tren.
Nicole se echó a reír.
—Eso sí que es bueno. De modo que, el estupendo Jacques ya pensó en eso.

Danielle recordó algo muy importante que no había tenido en cuenta hasta entonces. ¿Cómo había sabido Jacques que ella se ponía en camino desde París?

Bueno, la respuesta la tuvo enseguida. Jacques contrató al asesino para que la matase en París, pero ella adelantó el viaje y el criminal tomó el mismo tren. No podía haber sido de otro modo.

—¿Qué pasó, querida? —preguntó Nicole.

Danielle le contó lo ocurrido en su compartimiento del tren, aunque silenció la intervención de su nuevo vecino, Alain Dusser.

—Qué emocionante —comentó Nicole cuando Danielle hubo terminado su relato—. Podías venderle el argumento a Alfred Hitchcock.

—Quizá me anime a ofrecérselo cuando él se acerque por Niza.

Nicole se puso en pie y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Te voy a dar un consejo, Danielle. Apártate de nosotros.

—Lo haría inmediatamente si no estuviese aquí tía Carla.

—Convéncela para que te acompañe a París.

—No haré tal cosa.

—¿Por qué no?

—No está en condiciones de viajar y, por otra parte, ésta es su casa 3 tiene derecho a estar en ella.

—Anda, échanos en cara que estamos viviendo bajo un techo que no es el nuestro, que nos dan de comer gratuitamente, como si estuviésemos en un hospicio.

—Es inútil hablar con vosotros. La pasión os ciega.

—¿Y qué es lo que te ha cegado a ti?

—Nada.

—Mientes, primita Danielle. Tú eres una mosquita muerta, siempre lo fuiste… Admito que has sido más inteligente que nosotros al ganarte a tía Carla. Lograste ser insustituible para ella y esa vieja estúpida nunca supo por qué le dedicabas tu supuesto cariño. ¡Era su dinero lo que buscabas!

—No es verdad.

—Lo es.

—Tuve la esperanza de que tú no fueses como Jacques. Aparto de todo esto a Emile porque es una persona irresponsable. Dicen que sólo es un retrasado mental pero yo creo que hay algo más.

—Anda, acaba de decirlo, di que está loco. Según tú, lo está

Jacques y lo estoy yo. Ninguno de nosotros está en su sano juicio.

—Tus primeras palabras para darme la bienvenida fueron para hablar de una confabulación. Es eso lo que piensas, que todos mis actos han sido encaminados a ese fin. A conseguir la fortuna de tía Carla.

—Así es.

—Abandona ese papel de víctima porque no lo eres, Nicole. Ni tú ni los demás. No he hecho nada por conseguir lo que tía Carla me quiere dar. Te repito lo que ya le he dicho a Jacques. No quiero nada de tía Carla.

Mis padres me dejaron lo suficiente para vivir con holgura el resto de mi vida. Sois vosotros los que necesitáis el dinero de tía Carla. Lo queréis a toda costa, hasta a matarme si es preciso… No te pusiste de acuerdo con Jacques respecto a mi asesinato, pero en el fondo estoy segura de que le diste tu bendición.

—¿Ya has acabado?

—Todavía no.

—Muy bien. Termina de una vez antes de que de un portazo.

—No merecéis nada, ni un solo céntimo de la herencia de tía Carla. Si tuvieseis ese dinero, os haría más mal que bien. Yo sé la clase de remedio que necesita vuestra enfermedad. La de Jacques y la tuya… Debéis enfrentaros con la vida, cosa que habéis ignorado siempre.

—Qué graciosa eres. ¿Te has enfrentado tú? Lo tuviste todo.

—Sí, es posible que lo tuviese, pero comprendí lo que era el mundo, y también comprendí a sus habitantes.

—Anda, enséñame el título que te dieron en esa famosa Universidad de la vida.

—No es ningún título que se pueda enseñar… Eso es algo que tú no comprendes ahora, aunque espero que lo comprendas alguna vez… Pero el dinero de tía Carla no te servirá para ello. Espero que empiece a ocurrir cuando no te quede un céntimo.

—No pasaré hambre si es a eso a lo que te refieres.

—No hace falta pasar hambre para convertirse en un ser humano.

—Tu frase favorita. Jacques. Emile y yo no somos seres humanos.

—No metas a Emile en esto.

—Oh, sí, perdona. Por lo que a ti respecta, en el único sitio que se puede meter a Emile es en un manicomio.

—No he dicho eso. Existen escuelas que no son manicomios. Es donde debió ir Emile desde que era niño y no se encontraría ahora tan solo. Ése ha sido su problema. Por eso se refugia en sus juegos infantiles. Tiene miedo al mundo. Es su defensa contra la humanidad, que él considera su enemiga. Piensa que siendo siempre niño nadie se atreverá a hacerle daño. No, todavía no está loco, pero lo estará si no se pone remedio.

—Vaya, estamos todos de suerte. Llegó el Hada Buena que nos arreglará la vida. Es la mar de sencillo para ti. Jacques y yo debemos trabajar para ganar nuestra comida y, en cuanto a Emile, volverá a encontrarse a sí mismo, se hará hombre yendo a una escuela para retrasados mentales. ¿Por qué no viniste antes, querida primita?

—Otras veces hablé contigo y siempre quise ayudaros, haceros comprender lo equivocados que estabais si seguíais el camino que habéis emprendido.

—Pues entérate de una vez por todas. No te necesitamos para nada. ¡Vete al infierno con tus malditos consejos!

La joven dio media vuelta y salió de la habitación dando un violento portazo.

Danielle se apoyó en la pared, cerró los ojos.

Había perdido una nueva batalla con su prima. Pero era de esperar. Nicole era una orgullosa. Nunca estaba dispuesta a escucharla.

Por primera vez habían llegado a decirse aquellas cosas terribles. Pero estaba satisfecha de haber sido sincera. A nada conducía perdonar una y otra vez. La benevolencia era considerada por sus primos como una debilidad, y ellos necesitaban seres débiles a su alrededor para explotarlos. Estaba segura de que Nicole y Jacques se habían considerado perseguidos por la desgracia desde el día que tuvieron uso de razón.

Necesitaba descansar ahora más que nunca.

Tendióse en el lecho y empezó a adormilarse.

Oyó unos pasos y se incorporó lanzando un grito.

Era otra vez Jacques.

—No te oí llamar, Jacques.

—No llamé.
—¿Qué quieres ahora?
—Hablé con Nicole.
—Si vienes a replicar a lo que considera unos insultos, Nicole ya me dijo bastante.
—No, no he venido a insultarte. Sólo a aclarar las cosas. Nicole me ha hablado de que un hombre intentó asesinarte en el tren. ¿No es eso lo que le dijiste?
—Sí.
—Es una invención tuya… Hasta ahora no he encontrado a un asesino para quitarte de en medio… ¿me oyes bien?
—Sí, te oigo.
—Inventaste lo de ese presunto asesino para impresionar a tía Carla, para darle a entender que hizo bien en cambiar su testamento a tu favor.
—No, Jacques.
—Quieres demostrarle que nosotros somos unos bichos.
—Repito que te equivocas. Hasta hace un rato no me enteré de que tía Carla había cambiado su testamento nombrándome su heredera. Fue ella quien me lo dijo. Tú mismo lo oíste desde lo alto de la escalera.
—Eso es cierto —dijo Jacques entornando los ojos—. Tú no estabas enterada del cambio del testamento, pero quizá inventaste lo de tu ataque en el tren.
—No, Jacques, no lo inventé y tengo un testigo.
—¿Quién?
—Un viajero. Se llama Alain Dusser, es novelista. Hace poco se mudó cerca de mi casa.
—Un vecino, ¿eh?
—Sí.
—¿Y por qué viajaba contigo en el mismo compartimiento?
—No he dicho que viajase en el mismo compartimiento. ¿Por qué dices siempre cosas desagradables sin tener pruebas?
—Perdona, querida prima. No es de caballeros atentar contra la pureza de una dama.
—¿Otra vez? Me cansan tus sarcasmos.
—Cuánto lo siento. Pero no te preocupes. Vas a dejar de oírme porque ya me voy. Sólo vine para que admitieses que ese intento de

asesinato era una invención tuya. Al parecer yo estaba equivocado. Fue realidad. Intentaron matarte… —Se echó a reír—. Intentaron matarte y yo no tengo nada que ver con eso. Tampoco Nicole alquiló a nadie.

—¿Cómo sabes que no fue ella?

—La obligué a confesar. Fui un poco duro con ella. Se está frotando la muñeca, quizá la apreté demasiado.

—Eres un bruto.

Jacques echó a andar hacia la puerta pellizcándose el mentón. Se detuvo antes de salir y volvió la cabeza.

—¿Quién quería matarte, querida? Cada vez encuentro más interesante esa cuestión. Si encuentras la respuesta, por favor, dámela, te estaré muy agradecido.

Dichas estas palabras, Jacques salió de la habitación, cerrando a su espalda.

Danielle sintió frío.

Acudió junto a la puerta y la cerró con llave. No quería recibir más visitantes, inoportunos.

Ella también se hizo la misma pregunta. ¿Quién quería matarla?

CAPÍTULO VII

A pesar de sus deseos, no había podido dormir.

Fue a la playa y tomó el baño, sola. Un par de tipos quisieron entablar conversación, pero se libró de ellos sin mucho esfuerzo.

No tenía ganas de hablar con nadie y menos con un desconocido.

Tendida en la arena, pensó en un hombre: Alain Dusser.

¿Por qué en él y no en Jean? Había una disculpa, Jean podía estar enfermo en la cama. Además, su marido estaba en París y Alain muy cerca de ella, en Niza, alojado en el hotel Internacional.

Alain le había dicho que le llamase si lo necesitaba.

Tal como estaban las cosas era indudable que lo necesitaba. Pero no debía llamarlo, no podía hacerlo. Alain lo interpretaría de otra forma.

No podía imaginar que la situación en casa de tía Carla hubiese llegado a ese extremo.

La decisión de su tía de cambiar el testamento había sido la gota de agua que había hecho rebasar el vaso.

Y lo que podía suceder a partir de ahora era imprevisible. ¿O sería muy fácil de prever?

No, no podía imaginar que sus primos estuviesen decididos a matarla.

Ellos, al perder su parte de la herencia, habían sentido crecer su odio contra ella y lo exteriorizaban de esa forma. Insultándola, acusándola de querer apoderarse de todo el dinero. Era muy natural que viesen en ella sus propios defectos.

No, Jacques y Nicole se estarían quietos. Si la asesinaban, las sospechas recaerían en ellos. Era realmente infantil pensar que hubiesen decidido matarla.

Tomó una decisión. Hablaría con tía Carla.

Regresó a la villa.

Tía Carla comía sola.

—Perdona que no te haya esperado, Danielle, pero el médico me señaló unas horas para comer.

—No te preocupes, tía Carla. Y los demás, ¿ya han comido?

—Desde hace mucho tiempo cada uno come en su habitación.

—¿Por qué?

—A ellos no les gusta comer conmigo y, como a mí también me desagrada hacerlo en su compañía, hemos llegado a un acuerdo. Anda, sírvete. Ordené que te preparasen algunos platos que son de tu gusto.

Danielle comió durante un rato en silencio.

—Tía Carla, quiero hablar contigo en serio.

—¿Cuál va a ser el tema?

—Tu nuevo testamento. Quiero que lo revoques.

—Ni pensarlo.

—Entonces renunciaré a tu herencia.

—¿Qué es lo que dices?

—Ya lo has oído. Renunciaré. Sólo estoy dispuesta a aceptar una parte igual a la de mis primos.

—Si renuncias; dejaré mis bienes a instituciones de caridad.

—Eres una vieja testaruda.

—¿También te vas a insolentar tú?

—Sí, tía, también me voy a insolentar. Admito que esos muchachos no son unos ángeles, pero deben tener una nueva oportunidad. Tú se las puedes ofrecer.

—No les servirá de nada.

—Yo también pensé eso, que no les servirá de nada, cuando hablé con Nicole. Ella me enfadó mucho hace unas horas en mi habitación. Me dijo cosas terribles y yo le contesté de la misma forma. Es una de las pocas veces que he perdido los estribos. Pero en la playa he tenido tiempo para reflexionar y sé que lo más justo es que cada uno de ellos reciba la misma parte de herencia que yo…

—Siempre serás la misma, pero insisto en que he hecho lo mejor que podía hacer.

Danielle se dio cuenta de que tía Carla ya no estaba tan firme como antes.

—Tía, prométeme que lo pensarás esta noche.
—Está bien, lo pensaré.
—Gracias, tía.

* * *

Ya había llegado la noche.

Durante la tarde había esperado en vano hablar con Jacques o Nicole, pero ambos habían abandonado la casa muy pronto y a la hora de la cena no habían regresado.

Otra vez comió a solas con tía Carla, la cual se entretuvo en recordar la niñez de Danielle.

Luego se habían separado para ir cada una a su habitación.

Intentó leer pero el cansancio había hecho presa en ella. La tensión de nervios en que había permanecido desde que llegó a la casa, hacía su efecto ahora.

Se durmió enseguida.

Otra vez soñó con aquel hombre de la máscara. Ahora había una zanja muy ancha que ninguno de los dos podía cruzar.

El la llamaba tendiendo los brazos.

Y ella también lo llamaba a él, pero continuaban separados por aquella ancha grieta.

Danielle sentía unos deseos terribles de cruzar el abismo para caer en los brazos de él. Se sentía muy sola y recordaba lo bien que había estado descansando sobre el pecho de Alain Dusser.

De pronto vio descender al hombre, a Alain. Había encontrado un lugar de acceso.

Luego comenzó a subir, pero eso era mucho más difícil. Poco a poco, pulgada a pulgada.

La tierra y las piedras se desmoronaban a sus pies. Ya estaba llegando al borde.

Danielle se puso de rodillas y tendió sus manos para ayudarlo. Por un momento creyó que Alain sería tragado por el abismo, pero al fin pudo agarrarlo.

Alain ascendió y sonrió ante ella.

Ella le pidió que la abrazase y la besase. Entonces Alain se quitó la máscara y ante los ojos de Danielle apareció su marido.

Fue entonces cuando despertó gritando:

—¡No, no!…

Permaneció inmóvil dándose cuenta de que todo lo había soñado.

De repente, como en el compartimiento del tren, oyó una respiración que no era la suya.

Estaba equivocada. Eso también debía formar parte de su sueño.

Pero estaba despierta y ahora oyó el pequeño crujido.

Alguien se movía hacia su cama.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche.

No se había equivocado. Había otra persona en su habitación. Nicole.

Su prima estaba en el centro de la habitación, con un cuchillo en la mano.

—Nicole.

—Sí, soy yo, querida prima —se tambaleó ligeramente. Su voz era estropajosa.

Danielle comprendió, estaba borracha.

—Nicole, no te encuentras bien. Has bebido demasiado.

—Tienes razón, Danielle. Bebí demasiado para cobrar valor. Siempre he deseado tu muerte, pero ya te dije que no podía hacerlo.

—Tampoco lo harás ahora.

—Claro que lo haré. Te voy a matar, porque te odio… Tú eres todo lo que yo he querido ser. Cuando te veo, es como si me hablase la voz de mi conciencia. ¿Te das cuenta? Haré un negocio doble. No volveré a oír la voz de mi conciencia y, además de eso, ganaré mucho dinero, porque podré cobrar mi parte en la herencia de tía Carla.

—La policía te descubriría, Nicole —contestó Danielle poniendo sus pies desnudos sobre la alfombra.

—Le echarán la culpa a mi primo Emile. Cuando la policía llegue aquí y comprueben cómo tiene su cabeza, no pondrán en duda que ha sido él.

—Te equivocas. Tu conciencia no quedaría callada. No, Nicole, no puedo creer que vivieses en paz contigo misma pensando que eres mi asesina.

—Eso es algo que no debes atreverte a asegurar… Pero está decidido. No quiero verte más. ¿Lo oyes? Nunca más…

Nicole sé abalanzó sobre Danielle esgrimiendo el cuchillo.

Danielle saltó del lecho y logró sujetar la mano armada de su prima.

Las dos se derrumbaron sobre la mesilla de noche en la que descansaba la lamparilla eléctrica. Ésta cayó al suelo y se apagó.

Las dos primas rodaron por la alfombra forcejeando.

Nicole se golpeó la cabeza contra la espalda de un sillón y quedó desmayada.

Danielle le quitó el cuchillo de la mano y lo arrojó lejos de sí.

Permaneció un rato quieta, llevando aire a sus pulmones. Luego, decidió meter a Nicole en la cama y eso le costó algún trabajo. Nicole pesaba menos que ella, pero resultaba muy difícil transportarla.

Por fin, la pudo dejar tendida en el lecho. Le daría café para quitarle la borrachera.

Se puso el batín y las zapatillas y salió de la habitación.

El corredor estaba solitario. Nadie había escuchado la pelea. Los criados también estaban durmiendo.

Llegó a la cocina y se puso a hacer café.

Confiaba en que al día siguiente tía Carla estaría conforme en revocar aquel testamento. Cada sobrino recibiría la misma parte y todo quedaría arreglado.

Ella regresaría inmediatamente a París, aunque tía Carla insistiese en que se quedara.

No, no podía continuar allí.

Puso el café en una taza, subió la escalera y entró en su dormitorio dando la vuelta al conmutador de la luz.

Se acercó a la cama, pero se detuvo de pronto viendo a Nicole.

No estaba como ella la había dejado.

El plato y la taza cayeron de sus manos.

La cabeza y los brazos de su prima colgaba por el borde de la cama. Sus ojos estaban desencajados, vidriosos, fijos en el techo.

—¡Nicole! —gritó.

La tomó por la cabeza y la hizo descansar en la cama. Los brazos de Nicole resbalaron flácidamente por la sábana.

Nicole estaba muerta.

La habían estrangulado.

CAPÍTULO VIII

Danielle estaba aterrorizada. Se apartó de un salto de la cama y quedó mirando a su prima.

Oyó un ruido y se volvió.

Jacques estaba en la puerta de la habitación.

—¿Qué pasa, Danielle? Oí un ruido.

Danielle no dijo nada.

Jacques entró en la estancia y se detuvo al ver a Nicole en la cama.

—¡Cielos! Está muerta.

—Sí.

—No debiste hacerlo, Danielle.

—¿Qué dices, Jacques? Yo no he sido…; no la maté.

—Vamos, querida prima. Imagino cómo pasaron las cosas. Fue ella quien vino aquí a matarte. Pero, naturalmente, a ti no te interesaba irte al otro mundo y te defendiste. Luchaste con ella. Esa lámpara en el suelo lo demuestra.

—Sí, es cierto. Desperté. Nicole estaba en la habitación. Tenía un cuchillo en la mano… Había venido a matarme… Luchamos… Fue cuando cayó la lámpara… Nicole se dio un golpe y quedó sin sentido… La metí en la cama y fui a la cocina a prepararle café…

—Una bonita historia. ¿Crees que la voy a creer?… No, querida, no te creo. Pero eso no importa porque es a la policía a quien tienes que convencer.

—¿La policía?…

—Primita, ¿no sabes lo que ocurre cuando hay un asesinato? La policía se interesa mucho por estas cosas.

—Ya entiendo… Has sido tú… tú la has matado aprovechando que estaba fuera… La habitación estaba a oscuras… Pensaste que

era yo la que estaba en la cama…

—Estás delirando, ricura. No me acerqué a esta habitación hasta ahora… De todas formas, puedes contar lo que quieras a la policía. Ella no tendrá nada contra mí, ¿lo oyes? Absolutamente nada.

—Sí, comprendo, lo has preparado muy bien… Al fin vas a conseguir lo que deseabas… Aunque no has podido matarme… Piensas que, después de todo, vas a conseguir más de lo que habías pensado… Yo seré acusada del asesinato de Nicole… y te encontrarás con dos partes… Con la de Nicole y la mía… En realidad, lo tendrás todo porque sólo quedaréis Emile y tú… Ya imagino cuál será tu siguiente paso… Conseguirás que un juez declare la irresponsabilidad de tu hermano, su falta de capacidad… Y entonces tendrás toda la herencia de tía Carla en tus manos…

—La verdad es que no había pensado en ello. Pero, la verdad es que no está nada mal lo que dices. Caramba, hace unas horas me sentía como un pobre desheredado, y ahora me encuentro en la cumbre.

—No te saldrás con la tuya, Jacques.

Jacques sonrió, mientras sacaba el pañuelo del bolsillo del batín. Se acercó al teléfono y tomó el auricular con ayuda del pañuelo para no dejar sus huellas.

—Querida —dijo—, con tu permiso voy a llamar a la policía.

* * *

Danielle estaba en la prisión. Una mujer policía la condujo al locutorio.

Le habían dicho que su marido quería verla.

La mujer policía quedó discretamente junto a la puerta.

Al ver a Jean, Danielle sintió que todo su cuerpo se estremecía.

—Querida —dijo él—. Vine en cuanto leí la noticia en el periódico. ¿Por qué no me pusiste un telegrama inmediatamente?

Danielle no contestó.

Jean la tomó entre sus brazos y la besó en los labios.

—Estaré a tu lado, Danielle.

—Gracias.

—Eres inocente, sé que lo eres.

—Sí, Jean, yo no la maté, pero todo está en contra mía.

—He hablado con un abogado de Niza, uno de los mejores de Francia. El se encargará de tu defensa… Todo saldrá bien… Regresarás conmigo a casa… El abogado conseguirá muy pronto tu libertad condicional.

—Siento producirte tantos quebraderos de cabeza.

—No me gusta que hables así, Danielle. Soy tu marido.

—Perdona.

—Tienes que contármelo todo.

—Sí, Jean, te lo contaré.

Hizo un relato de lo que le había acontecido desde su salida de París. Esta vez no silenció su encuentro con su vecino, Alain Dusser. Al fin y al cabo, Alain ya había desaparecido de su vida.

Había pasado casi un día desde su detención y Alain no había intentado siquiera verla.

Naturalmente, Alain habría creído que era una asesina y por eso había perdido su interés amoroso por ella.

Se sentía avergonzada de haber soñado dos veces con él, especialmente ahora que Jean estaba a su lado.

Después de oír a su mujer, Jean sacudió la cabeza.

—Han debido de ser Jacques o Emile. Tenías razón. Querían matarte pero se confundieron de persona y mataron a Nicole. Nuestro abogado hará una buena defensa. No lo dudes, Danielle. Ahora debo marcharme, hablaré con él. No quiero que pases esta noche aquí. Has de estar a mi lado, me necesitas más que nunca.

—¿Cómo está tía Carla? Me dijeron que había sufrido un ataque cardíaco.

—No he tenido tiempo de ir por la casa, ni siquiera telefoneé. Sólo pensé en ti.

—Pregunta por ella… Ha sido terrible para tía Carla…

—Deja de preocuparte por los demás. Es por ti misma por quien ahora debes luchar.

* * *

—Soy Alain Dusser, un amigo de la señora Lacomte —dijo Alain al criado que abrió la puerta.

—Lo siento, pero la señora Lacomte no se encuentra aquí.

—Ya lo sé. La señora Lacomte fue llevada a la prisión, según

dicen los diarios. Quiero hablar con su primo Jacques.

—Está bien, pase.

Fue conducido a la biblioteca, donde quedó a solas.

Al poco rato, apareció un joven de párpados caídos y boca pequeña.

—Soy Jacques, ¿quién es usted?

—El nuevo vecino de la señora Lacomte.

—Oh, sí, ahora lo recuerdo. Viajaron juntos desde París. Una casualidad muy grande, ¿no le parece, señor Dusser?

—No fue casualidad.

—Lo que imaginaba. Ustedes dos son amantes.

—No, Jacques. No hubo tiempo para eso.

Jacques se echó a reír.

—Me gusta su forma de hablar, creo que nos entenderemos.

—¿Por qué lo cree?

—Porque es usted de mi fibra.

—Es posible… Yo también habría hecho lo mismo que usted si me hubiese sentido desheredado.

—¿Qué quiere decir?

—Que habría intentado matar a la mujer que me iba a arrebatar mi fortuna.

—De modo que piensa eso. Ya comprendo el motivo de su visita. Ha venido aquí esperando que yo cometa un desliz, que le confiese algo. Señor Dusser, me ha decepcionado profundamente. Retiro lo que dije antes acerca de nuestra semejanza.

—Sólo pretendo aclarar la verdad.

—La verdad ya la conoce la policía.

—Según usted, Danielle mató a Nicole.

—Es muy penoso para usted admitirlo, ¿verdad? Eh, oiga, ¿va a decirme que está enamorado de mi prima Danielle? No, no hace falta que lo diga. Eso se nota en seguida… Se enamoró de ella.

Jacques hizo uno pausa y chascó la lengua. Todo aquello resultaba muy divertido.

—Dígame, señor Dusser, ¿sabe Danielle que está trabajando para ella?

—No. Hasta ahora no la he visto.

—Qué lástima. A Danielle le hubiera impresionado mucho verlo aparecer en el locutorio de la prisión. Puedo imaginar la escena de

amor que se habría desarrollado entre ustedes: «Querida mía, eres inocente y lo demostraré, haré de detective privado en tu obsequio»…

—Su humor es deleznable, Jacques.

—Me hago cargo. Usted no ve el lado cómico de la situación.

—No existe el lado cómico. Su prima es inocente.

—¿Cómo lo sabe? Usted no ha hablado con ella.

—Pero la conozco.

—¿Lo ve? Es el amor. Sólo un hombre enamorado puede hablar así.

—Hablemos de usted, ¿dónde estaba cuando ocurrió todo?

—En mi habitación.

—Y eso nadie lo puede desmentir.

—No, me temo que no. Pero soy todo un caballero, un hombre de palabra.

—De usted me fiaría tanto como de un ratón.

—Por favor, señor Dusser, no me compare con esos animalitos tan repelentes.

—Quiero hablar con su hermano Emile.

—Los policías hablaron ya con Emile y renunciaron a sacarle nada. Tenían ya a la culpable, a mi prima Danielle. Y le advierto que resulta difícil hablar con Emile. A él le atemoriza la gente y más que nadie la policía. Ve en ellos una especie de verdugos. No conseguiría hacerle hablar señor Dusser. Quiero decir que no sacaría nada en claro.

—Sin embargo, lo intentaré.

Dusser echó a andar hacia la puerta.

Jacques se interpuso en su camino.

—¡Apártese, Jacques!

—Soy yo quien manda ahora en esta casa. Mi tía sufrió un ataque cardíaco.

—Quítese de en medio o le aplasto las narices.

—No se atreverá, o irá a parar también a la cárcel.

Alain disparó su puño derecho, estrellándolo en el maxilar inferior de Jacques.

El primo de Danielle tropezó contra la pared y resbaló hasta el suelo privado del conocimiento.

Alain pasó por encima de él y salió de la habitación.

Encontró en el vestíbulo al criado que le había abierto la puerta.

—¿Cuál es la habitación del señor Emile?

—Lo siento, pero no puede subir.

Alain lo atrapó por un hombro y dijo:

—Dígame cuál es.

El criado contestó asustado:

—Arriba, a la derecha, la habitación del fondo.

Alain subió la escalera.

Entró sin llamar en la habitación de Emile.

El hermano de Jacques estaba manipulando en una caja y alzó la mirada.

—Hola, Emile.

—¿Quién es usted? ¿Otro policía?

—No, no soy policía. Tienes una bonita estación ferroviaria. Me hablaron de tu afición. Casualmente también me entretengo con estos trenes.

—¿De veras?

—Sí. Hace no más de dos meses compré un convoy «Schneider».

Era cierto, lo había comprado, pero no para él, sino para el hijo de su editor en el día de su cumpleaños.

—Caramba, ¿está seguro que era un «Schneider»?

—Sí, el tren más caro que hay en el mercado.

—Es mi ilusión. Un convoy «Schneider». Algún día lo tendré. Compraré media docena de ellos. Cuando cobre mi parte en la herencia. Oiga, ¿son tan buenos como dicen?

—Seguro, Emile. Tienen autonomía completa para dieciséis horas y realizan toda clase de maniobras gracias a su sistema de células fotoeléctricas.

—Oiga, eso es estupendo. Un día tengo que ir a su casa… Bueno, si usted me invita.

—Claro que sí, no tengo inconveniente.

—Ahora no quiero salir. Debe haber periodistas fuera de la casa. Ya sabe, por lo que le pasó a mi prima.

—Yo también habría hecho lo mismo con ella, quiero decir que la habría matado. —Alain hablaba sin mirar a Emile, observando uno de los trenes que estaba en la vía—. Yo nunca hubiese consentido que me quitase mi parte de la herencia, Emile. Cada cual debe defender lo que es suyo, evitar que lo roben.

—Pero yo no la maté.

Alain lo miró a la cara.

—Bueno, no necesitas mentir. Soy tu amigo, Emile.

—No le miento. Yo no maté a Nicole.

—¿Es cierto que fue Danielle?

—No lo sé. Fue muy extraño… Debí soñarlo… Eso debió ocurrir…

—¿Qué es lo que soñaste?…

—Vi al marido de mi prima, pero le repito que debió ser un sueño. Jean, el marido de Danielle, estaba en París. Una persona no puede estar en dos sitios tan alejados.

—¿Dónde lo viste?

—En el jardín.

—¿Dónde estabas tú?

—En esa ventana.

Alain se acercó a la ventana.

—Era de noche, ¿verdad?

—Sí, pero la luz del porche estaba encendida.

—Ven aquí y dime dónde viste a Jean.

Emile acudió al lado de Alain.

—Allí, junto al macizo de rosas… en la esquina del paseo… Él estaba mirando la casa… Yo me había despertado…

—Quizá no lo soñaste. Recuerda que viniste a la ventana, que lo viste allí.

—No lo sé… Recuerdo mucho mejor lo otro… Cuando me despertaron los policías… Fue terrible… Nunca he pasado tanto miedo… No sé si fue un sueño. Debió serio… ¿verdad?… Un hombre no puede estar en dos sitios a la vez… En París y en Niza…

* * *

Danielle quedó perpleja cuando entró en el locutorio.

Creyó que su visitante era nuevamente su marido. Pero el hombre que estaba allí era Alain Dusser.

—¿Cómo estás, Danielle?

—Muy bien. Pensé que eras Jean —lo tuteó ella también.

—¿Vino él aquí ya?

—Tomó el avión desde París en cuanto se informó.

—¿Te dijo él eso?

—No te comprendo.

—Quisiera saber si tú lo informaste o fue la policía.

—No, él me dijo que lo leyó en los periódicos. ¿Pero qué tiene que ver eso?

—Estuve hablando con Emile. Vio a Jean en el jardín poco antes de que Nicole fuese asesinada…

—Hablando con Emile te darías cuenta que no puedes conceder importancia a sus palabras.

—Sí, me di cuenta.

—Jean va a conseguir mi libertad condicional… No has debido hacer nada, Alain.

—Hablé con el inspector de policía Forestier. Decidí no verte hasta hacer una visita a tus primos.

—Pensé que habrías regresado a París.

—¿Cómo podría hacerlo ahora?

Danielle sonrió con amargura.

—Esta vez tu conquista fue un completo fracaso, ¿verdad, Alain?

—No.

Ella se puso en pie.

—No quiero volver a verte, Alain, y esta vez te ruego que me ayudes.

Hubo una pausa entre los dos y luego él dijo:

—Te quiero, Danielle.

—No lo digas…

—Sin embargo, es la primera vez que me ocurre.

—Pero eso es absurdo.

—¿Por qué ha de serlo?

—¿Es que no conoces las circunstancias, Alain? Quedaré en libertad condicional, pero eso no quiere decir que me vayan a absolver. Tengo la seguridad de que el jurado me considerará culpable. No sé si me condenarán a muerte, pero en el mejor de los casos, iré a la cárcel.

Alain se acercó a la joven y la tomó por los brazos.

—Tú no mataste a Nicole.

—Claro que no.

—Eso es lo que me importa. Si tú no lo hiciste, alguien la mató, y yo voy a descubrir la verdad.

—Alain, no hagas nada. Tengo la impresión de que, mientras hablo contigo, soy desleal a Jean.

—Si no quieres ser desleal, enfréntate a la realidad. Tú también me quieres.

—No.

—Tú también me quieres y debes decírselo cuanto antes a tu marido. Sólo de esa forma no le serás desleal.

Danielle meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, Alain… Él está a mi lado ahora… Se acabó la aventura… si es que le podemos llamar así… Todo ocurrió entre nosotros como una novela para jovencitas de dieciséis años. Fue muy gracioso, muy divertido, pero ya acabó… Despertemos a la realidad…

—Lo que existe entre tú y yo es real.

—Por favor, te pedí que me ayudases.

—Ya lo estoy haciendo.

—No debemos vernos más.

—Ahora no puedo abandonarte.

—No estoy sola. Jean está conmigo… Te lo suplico, Alain. Apártate de mi lado. Vete…

Alain la dejó libre.

—Está bien, Danielle. Si es eso lo que deseas, me iré.

—Lo siento, Alain, de veras que lo siento, pero yo sé cuál es mi deber para con Jean. Ahora más que nunca hemos de permanecer juntos…

—Te deseo buena suerte.

—Yo también la deseo para ti… Adiós, Alain…

Danielle dio media vuelta y se encaminó hacia el lugar donde la esperaba la mujer policía.

Alain también salió del locutorio con pasos lentos. Quizá Danielle tuviese razón. No tenía derecho a interponerse entre ella y su marido. No, no tenía ningún derecho.

CAPÍTULO IX

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan nerviosa? —dijo Jean.

—¿Y tienes el valor de preguntármelo? —repuso Pauline—. ¿Es que no lo sabes? Fallaste por segunda vez. Qué gran asesino eres… Tenías que matar a Danielle… y mataste a Nicole…:

—Sí, fue duro. Me di cuenta cuando ella ya estaba muerta.

—Podías haberte arrojado por la ventana.

—Eso habrías hecho tú, pero yo no perdí la serenidad. Tomé el avión y me marché a París. Las cosas empezaron a salir otra vez bien.

—No me digas.

—Nadie podría imaginar que yo estaba en Niza cuando Nicole fue asesinada por su propia prima Danielle.

—Enhorabuena.

—Deja las ironías.

—¿Qué hemos adelantado? Anda, dímelo. Tu mujer será juzgada, pero ningún jurado estará dispuesto a condenarla a muerte… Sé lo que me vas a decir ahora… Que podremos ser felices sin necesidad de boda… Que tú serás el administrador de la fortuna de tu mujer mientras ella está en la cárcel… Continuaremos siendo lo que siempre fuimos… Amantes… ¿no es eso, querido?… Pero te equivocas si crees que te voy a dar mi conformidad.

—Deberías pensarlo un poco mejor, querida… Tendrás todo lo que habías deseado…

—No, Jean, no lo tendré… Te repito que estamos como al principio. Me atrevo a decir peor que antes… Te sentirás dueño de tu propio destino y querrás librarte de mí… Es lógico que ocurra… Sé muchas cosas de ti relacionadas con esto… y, al no ser tu esposa, quizá pienses en que yo soy una pesada carga… Seguiré siendo una

cualquiera y quiero ser la señora Lacomte, tal como habíamos acordado antes del crimen…

—¿Quieres callarte de una vez? Pueden oírme.

—¿Crees que están con el oído en la puerta?

—¿Y por qué no? Podrían estarlo.

Jean cruzó la estancia y abrió la puerta de un golpe. Pero allí no había nadie.

Después de cerrar, señaló a Pauline con el brazo extendido.

—No quiero volverte a oír hablar de lo que ha pasado en Niza. Y ya sabes a lo que me refiero… Yo he estado siempre en París… Olvida de una vez mi visita nocturna a casa de la tía Carla y de la prima Nicole…

—No, Jean, no lo voy a olvidar…

—¿Qué quieres que haga si las cosas pasaron de forma distinta a como las habíamos planeado?… Te diré lo que ocurrirá ahora. Danielle quedará en libertad condicional dentro de unas horas. Iré por ella y representaré el papel de marido apesadumbrado.

—Eso quiere decir que no vas a verme en mucho tiempo.

—Es lo mejor para los dos. Hemos de sacrificarnos un poco.

—Ya entiendo. Estarás constantemente al lado de tu querida esposa, dándole ánimo, infundiéndole valor para la gran prueba…

—Así es.

—¿Crees que no sé cuánto se tarda en liquidar un juicio? Pueden pasar muchos meses antes de que tu querida mujercita se siente en el banquillo de los acusados… ¿Cuántas veces me verás en todo ese tiempo? ¿Dos veces?… ¿Cuatro?… ¿Seis?…

—Yo lo soportaré y tú también tendrás que soportarlo.

—No, de ninguna manera.

—¿Y qué vas a hacer, querida?

—Derribar el castillo que estás construyendo en el aire.

—¿Y cómo lo vas a derribar?

—Sé mucho de ti.

—Eso ya lo dijimos antes… Te entiendo… Irás con el cuento a la policía… Claro, puedes hacerlo… Les contarías todo… Y no podrían acusarte porque tú no te has metido en nada… Les harías una buena escenita… Quisiste quitármelo de la cabeza, pero yo estaba decidido a matar… Naturalmente, al convertirme en un asesino, tú no puedes continuar a mi lado…

—Supón que hago todo eso.

Jean avanzó hacia la cama, en cuyo borde estaba ella sentada.

—Sí, admito que podrías hacerlo, pero ahora tú vas a suponer otra cosa. Que yo te mato.

Pauline miró a Jean con las cejas enarcadas y se echó a reír.

—¿Tú matarme a mí? Sería una estupidez porque te descubrirían en seguida… Recuerda que nos inscribimos aquí como marido y mujer… Te han visto muchos empleados… Darían enseguida contigo.

Jean le soltó una bofetada.

—¿Por qué has hecho eso, maldito? —gritó Pauline.

Jean tenía la cara desencajada.

—Me harás perder la cabeza, y entonces no me detendré a pensar en lo que me pueda pasar si te mato.

—Sólo quiero ser tu esposa.

—Te repito que ahora no puede ser…

—Claro que puede ser.

—Oigan a la muchacha de las grandes ideas… ¿Cuál es la que se te ha ocurrido?

—Una que no puede fallar… Si es que me dejas a mí que la lleve a la práctica.

—Habla de una vez… ¿Qué idea es ésa?

—Naturalmente, la de matar a tu mujercita.

—¿Estás loca?

—No, no lo estoy y puedo demostrártelo… Ella morirá, pero todo pasará como un suicidio… ¿No es lógico que no pueda soportar la amarga experiencia por la que está pasando?… Estranguló a su prima… la encerraron en la cárcel… La ignominia ha caído sobre ella y sus familiares… Cualquier persona en su lugar podría hacer lo mismo que ella… Acabar de una vez… ¿No te parece lógico, querido?

Jean entrecerró los ojos.

—Sí —dijo—. Creo que tienes razón.

—Casi siempre la tengo, Jean…

—Háblame de eso… Es necesario hacerlo de forma que esta vez salga perfecto.

—Te repito que esta vez seré yo la que se encargue de eso.

A Jean le pareció lo mejor.

Ya se había convertido en un asesino, y no tenía ningunos deseos de volver a matar.

Eso le permitiría una buena coartada. Estaría lejos de Danielle cuando Pauline acabase con ella.

—Habla deprisa, Pauline. Dentro de unos minutos he de ir al encuentro del abogado. Para entonces habrá conseguido la libertad condicional y he de viajar a la cárcel para hacerme cargo de mi mujer.

Pauline encendió un cigarrillo y después de arrojar una bocanada de humo dijo:

—El mejor plan es éste…

* * *

Danielle entró en aquella casa ahora en compañía de su marido.

Preguntó al criado que los había recibido:

—¿Cómo está mi tía, Pierre?

—Un poco mejor, según dijo el doctor antes de marcharse.

—Querida —dijo Jean—. Será mejor que descanses un poco. Has sufrido demasiadas emociones en poco tiempo.

—¿Están mis primos en casa, Pierre? —inquirió de nuevo Danielle.

—Sólo el señorito Emile.

Una vez los esposos en su habitación, Danielle se dejó caer en la cama dando un suspiro.

—Danielle —dijo Jean—. Quizá he hecho mal en consentir que vinieses aquí.

—Lo deseaba.

—Pero esta casa te traerá males recuerdos. Nicole y todo lo que pasó.

Danielle se apretó las sienes.

—Ha sido terrible, Jean, pero no fui la culpable de nada. Puedes creerme. Bueno, quizá debí suponer que estaba a punto de desencadenarse una tragedia. No lo sé. Estoy completamente aturdida. Quizá tú pienses qué podía haberla evitado, que habría bastado con que yo hubiese regresado a París a pesar de tía Carla.

—Danielle, ¿cómo voy yo a recriminarte por lo que pudo ocurrir?… Es posible que nada hubiese ocurrido si te hubieses

quedado en París, pero eso no soluciona ahora nada.

Danielle cerró los ojos. Su propio marido le decía que quizá aquellos acontecimientos no hubiesen ocurrido si ella no hubiese dejado París.

—Querida, ¿prefieres estar a solas?

—Puedes quedarte si quieres.

—Está bien, te haré compañía.

Jean encendió un cigarrillo, se acercó a la ventana y quedóse mirando hacia afuera.

—Danielle.

—¿Sí, Jean?

—Hasta ahora no te he hablado de él.

—¿El? ¿Quién es él?

—Nuestro vecino, Alain Dusser… Me contaste lo que te pasó durante el viaje a Niza. No te quise hacer preguntas en aquel momento, cuando estábamos con la mujer policía.

—¿Qué preguntas querías hacerme?

—En primer lugar, por qué viajabas con él.

—Yo no viajaba con él, Jean.

—Me temo que no puedo creerte.

Danielle se incorporó mirando perpleja a su marido.

—¿Qué es lo que supones?

—Tú y él sois amantes, ¿verdad?

—Jean, ¿cómo puedes imaginar tal cosa?

—He de confesarte algo, Danielle. Escuché tras la puerta. Me refiero a aquellos momentos que precedieron a tu partida, cuando nuestro vecino acudió a casa en busca de algo.

—Jean, acababa de conocer a aquel hombre. Un rato antes entró por primera vez… Me preguntó si podía utilizar nuestro teléfono…

—Sin embargo, él te hizo el amor.

—A muy larga distancia.

—Quizá porque sabía que yo estaba allí dentro.

—Jean, si hubiese habido algo entre Alain y yo… ten la completa seguridad de que él no hubiera entrado en nuestra casa estando tú bajo el mismo techo.

—Sí, se supone que los amantes son precavidos.

—A mí también se me ocurre una pregunta, Jean. ¿Si nos escuchaste a través de la puerta por qué no te dejaste ver para

interrumpir a Alain?

—Le llamas por segunda vez Alain, ¿y me quieres hacer creer que es sólo un vecino?

—Hice más amistad con él, durante el viaje, y no olvidas que Alain fue quien acudió a mi compartimiento cuando aquel hombre me atacó con el cuchillo.

—Oh, sí, el señor Dusser representó en aquel momento el papel de héroe.

—No te comprendo, Jean. ¿A dónde quieres ir a parar?

—Está bien, te lo diré. Me dijeron en la cárcel que el señor Dusser te fue a visitar poco después que yo.

—Sí.

—¿Para qué?

—Quería investigar la verdad.

Jean sintió que el corazón le daba un vuelco. Se volvió bruscamente hacia su mujer.

—Así que, él no cree que tú matases a Nicole.

Danielle frunció el ceño. Se levantó y dio unos pasos hacia su marida.

—¿Es que tú no lo crees?

Jean sonrió ladeando ligeramente la cabeza.

—Querida, te recordaré que estamos solos, que aquí no hay ninguna mujer policía para vigilarnos.

Danielle tuvo la impresión de que la tierra se hundía bajo sus pies.

—Jean… —balbució—. Tú no puedes creer que yo matase a Nicole.

—Querida… Me hago cargo de todo… No necesitas tener secretos conmigo… Tu prima Nicole era una víbora, te lo he dicho unas cuantas veces.

—¡No hables así de Nicole, está muerta!

—Fue una gran jugada por tu parte.

—¿Una gran jugada?… ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a esa política tuya de atraerte a tía Carla… Muchas veces presencié tu juego y rae maravillaste con tus sutilezas… con tu forma de comportarte hacia ella, llena de matices… Siempre has sabido colocar la palabra justa.

—Jean… dime que no estás hablando en serio.

—Estoy hablando absolutamente en serio.

—Pero… Jean —repuso Danielle casi en un gemido—. ¿Piensas realmente que yo representase con tía Carla un papel?

—El de la sobrinita encantadora. Te aseguro que, mentalmente, te concedí la más alta puntuación.

Danielle retrocedió ahora anonadada.

Todo giraba a su alrededor. Jean, con sus palabras, le estaba produciendo el mismo efecto que si le hubiesen golpeado en la cabeza.

Su marido se acercó a ella.

La tomó por la barbilla y le alzó la cara.

Ella no tuvo más remedio que mirar los ojos de Jean.

—Querida —dijo él—. No sientas ningún remordimiento. Valía la pena lo que hiciste. Según mis cálculos, tía Carla tiene unos once millones de francos. Hiciste un magnífico juego, y como es lógico, la ganadora se lo llevó todo: tú, querida.

—¡No! —gritó Danielle, y dio un golpe en el brazo de Jean para que la soltase.

—¿Qué te pasa, Danielle?

—Me pregunto si te habrás vuelto loco, Jean… Pero dime, ¿desde cuándo pensaste que yo simulaba con tía Carla para quedarme con toda su fortuna?

—Desde la primera vez que la visité contigo.

—Eres sincero.

—Creo que ha llegado el momento de que lo seamos.

—Estás destruyendo lo más hermoso de nuestra vida. Da pronto descubro que estoy casada con un hombre que piensa lo peor de mí… Empezaste diciendo que yo tenía un amante… También crees que yo maté a Nicole… Y cada vez que venía a Niza para ver a tía Carla mi único objetivo era engañarla para conseguir que desheredase a mis primos, para que me dejase a mí toda su fortuna…

—Tranquilízate, querida.

—¡No te acerques, no quiero que me toques…!

—Yo te calmaré con mis besos.

—¿Tú con tus besos…? ¡No quiero que me beses ni una sola vez…! Márchate, Jean… por favor… sal de esta habitación…

Sin embargo, él se acercó a ella y trató de enlazarla por la

cintura.

Danielle lo golpeó en el pecho alejándolo de sí.

—¡Te he dicho que no me toques…!

—Soy tu marido y tengo derecho.

Danielle respiraba entrecortadamente.

—Jean, es ahora cuando he recibido el más duro golpe de todos… Sí, Jean… Ha sido ahora, cuando te he escuchado esas cosas monstruosas…

Jean trató de abrazarla otra vez y ella retrocedió dando vuelta a la cama.

—Estate quieta de una vez.

—No, Jean… Si me tocas otra vez, gritaré…

—No lo harás.

Jean siguió avanzando hacia ella.

—Vete… márchate… no te acerques.

Pero la atrapó de nuevo y trató de besarla.

Danielle gritó con más fuerza mientras forcejeaba para librarse.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Qué pasa…? ¿Qué es lo que ocurre?

Era Emile, que tenía en sus manos una locomotora.

Por detrás de Emile asomó una criada, Evangeline.

Danielle lanzó un chillido y se dejó caer de bruces en la cama.

—No tiene importancia —dijo Jean a Emile y la criada—. La señora ha sufrido un ataque de histerismo, pero se le pasará enseguida. La pobre está deshecha después de lo que ha pasado.

Danielle alzó el rostro regado por las lágrimas. Golpeó la almohada con el puño cerrado.

—Márchate, Jean, por favor. No quiero verte, no quiero que estés aquí…

—Sí, Danielle, ya me voy… No quiero que mi presencia te ponga más nerviosa de lo que estás… Quedarte a solas te hará mucho bien.

Jean salió de la habitación y cerró la puerta.

—Señor Lacomte —dijo la criada—. Prepararé una infusión para la señora.

—No, Evangeline. Ya la oíste. Sus nervios están destrozados. El mejor remedio es que esté sola. Si mañana continúa así, llamaré al doctor. Iré a alojarme al hotel Lyon.

—Puedo prepararle otra habitación, señor.

—No, Evangeline, te lo agradezco. En el estado en que se encuentra la señora, no debo pasar la noche en esta casa. Pero volveré mañana a primera hora.

—Como el señor quiera —dijo la criada.

Emile asistía mudo a la escena Jean sonrió tristemente y bajó la escalera para salir de la casa.

Estaba satisfecho. Todo había salido perfectamente. Danielle había quedado preparada para el suicidio.

Capítulo X

Sonó el teléfono.

Danielle había dejado de llorar hacía un rato.

¿Quién sería? No quería hablar con nadie.

El timbre seguía sonando.

¿Y si fuese Jean para pedirle perdón por lo ocurrido? No, ahora de nada valdrían sus disculpas. La creía una comediante y sobre todo, también creía que ella había matado a Nicole. Ya no podrían vivir juntos. Solicitaría el divorcio. Ésa era la única solución.

Si era Jean quien estaba al otro lado del cable, era una buena oportunidad para decírselo.

Atrapó el auricular.

—Diga.

—Hola, Danielle. —No, no era Jean. Había identificado la voz de Alain Dusser—. Danielle, ya sé que acordamos no vernos más. Me informé de que habías quedado en libertad y quería saber cómo estabas.

La joven no dio respuesta.

—Danielle, ¿sigues ahí?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Oh, nada, sólo que estoy un poco cansada. Ahora pensaba dormir.

—Lo siento, quizá te he despertado.

—No, todavía estaba despierta. ¿Regresas a París?

—Sí, dentro de un rato. Te llamo desde el aeropuerto.

Danielle sintió que se congelaba su sangre. Tenía la impresión de que si Alain se marchaba, se quedaría completamente sola. Recordó la sonrisa de Alain, su alegría, su contagiosa jovialidad.

—Danielle, estaba pensando que podrías venir conmigo.

—No puedo marcharme. Recuerda que me han dejado en libertad condicional.

—Eso quiere decir que habrías venido conmigo si no existiese ese impedimento.

—No lo sé.

—Danielle, dime que me quede si me necesitas.

Danielle se mordió el labio inferior.

Transcurrieron cinco segundos, diez…

—No, Alain, es mejor que tomes ese avión.

—No puedo tomarlo. Te mentí, no estoy en el aeropuerto… Te llamo desde un bar.

—No comprendo… ¿Por qué me has engañado?

—Quería saber cuál era tu respuesta y ya la tengo.

—Sigue siendo la misma.

—Algo pasa entre tú y Jean, ¿no es así?

—No, Alain.

—Es inútil. Ahora la que miente eres tú, lo noto.

—Alain, mis relaciones entre mi esposo y yo son cuenta nuestra. No puedo consentir que intervenga un extraño, aunque sea mi nuevo vecino.

—Iré a verte dentro de un rato.

—No, Alain, no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Jean cree que tú y yo…

—Continúa.

—Que tú y yo somos amantes.

Alain se echó a reír.

—¿Lo encuentras gracioso, Alain?

—Sí, ¿y tú?

—Para mí ha sido una tragedia.

—¿No trataste de quitárselo de la cabeza?

—Claro que sí, pero continuó pensando lo peor… Y también dijo otras cosas.

—¿Qué cosas?

—No debo decírtelas. La verdad es que no debí decirte nada… Te estoy complicando la vida innecesariamente.

—Kay cierta clase de complicaciones que me agradan y te

aseguro que ésta es una de ellas. Oye, Danielle, tengo que solucionar un par de asuntos y, en cuanto haya acabado, iré por ahí. ¿De acuerdo?

—Sí, Alain… Tienes razón, creo que necesito tu compañía.

Danielle colgó antes de que él le diese una nueva respuesta.

Ya estaba hecho. Lo necesitaba.

Se asombró de que eso le pudiese ocurrir a ella, de que apenas dos días antes había conocido a Alain, y ahora estaba segura de que, estando al lado de él, se sentiría mucho mejor.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Emile.

—Pasa, Emile.

Se abrió la puerta y su primo entró en la estancia.

—¿Qué quieres, Emile? —le preguntó Danielle.

—Tu marido estuvo aquí.

—Sí, Emile, estuvo aquí y los dos peleamos.

—No me refiero a ahora. Me refiero a antes, a la otra noche, cuando murió Nicole.

—Oh, sí, ya recuerdo. El hombre que habló contigo me dijo que habías soñado eso.

—Yo creí que era un sueño. Pero ahora dudo mucho que lo fuese.

—¿Por qué?

—Vi a tu marido escondido en aquel macizo de rosas. —Emile se acercó a la ventana—. Cuando se riega la tierra se pone roja… Vi hace un rato los zapatos de tu marido y tenían barro. Era barro rojo.

—Eso no indica nada, pudo mancharse en cualquier otro sitio.

—Es un poco difícil. Esa tierra la trajo el abuelo de un pueblo muy lejos de aquí y, según oí, tu marido vino en avión desde París.

—Sí, Emile, viajó en avión. Estaba allí cuando se informó de todo.

¿O no había estado allí?, pensó.

Eso sería fácil de averiguar. Descolgó el teléfono y se puso en comunicación con la compañía aérea.

La contestación que recibió fue concluyente. Jean Lacomte había viajado en el vuelo 714 aquella mañana.

Colgó y, luego de dar un suspiro, dijo:

—No, Emile, estabas equivocado. Es cierto que Jean estaba en París.

—Una vez fui a París en avión. Se tarda muy poco tiempo. Y luego regresamos también en avión. Fui con Jacques, me había prometido aquel viaje. Le tocaron cinco mil francos en la lotería. Quiso ir allí a cobrar el premio. Fue una buena ocurrencia suya. Lo pasamos muy bien.

Danielle continuaba pensando. ¿Quién le aseguraba que su marido no había hecho lo mismo, ir a Niza y volver a París en avión?

Qué tonterías se le estaban ocurriendo. ¿Por qué Jean iba a hacer tal cosa?

Sin embargo, Emile insistía en que lo había visto aquella noche en el jardín, cuando Jean debería estar en París.

Descolgó otra vez el auricular y marcó el mismo número de antes.

Hizo una pregunta parecida. ¿Había viajado Jean Lacomte en el avión Niza-París el día anterior?

Tuvo que esperar para conocer la respuesta.

—Señorita —le llegó la voz del comunicante—. Lo siento, pero no hubo ningún Lacomte entre los viajeros.

Después de dar las gracias, Danielle colgó de nuevo.

—Decididamente estabas equivocado, Emile. Fue un sueño.

—Es una lástima.

—¿Por qué una lástima?

—Jacques no mató a Nicole, ni tía Carla, ni yo, y desde luego tú tampoco. Tu marido no me gustó nunca, y pensé que con un poco de suerte él podía ser el asesino. ¿Quieres venir a mi cuarto? Jugaremos con los trenes.

—Ahora no me siento con ganas, Emile.

—Como quieras.

—Gracias por tu invitación de todas formas, Emile.

Su primo dio vuelta y salió de la habitación.

Danielle encendió un cigarrillo.

Recordó todo lo que había ocurrido a partir del momento que decidió viajar a Niza.

Otra vez volvió a recordar a Alain. No pudo por menos de sonreír pensando en su primer diálogo con él.

Luego le llegó el turno a Jean. No podía acompañarla a Niza, a casa de tía Carla, porque iba a celebrar su cena anual con sus compañeros. De pronto recordó algo. El año anterior aquella cena se había celebrado mucho después, no en aquellos días. Claro que, una cena se podía cambiar de fecha.

Conocía a uno de los antiguos compañeros de Jean. Se llamaba Gerard Mauren.

Poco después marcaba el número de información y tras saber el número de Gerard Mauren en París, pidió una conferencia.

—¿Señor Mauren?

—Sí.

—Soy una amiga del señor Lacomte. Me ha encargado le diga que no puede asistir a la cena anual de ustedes.

—Sí, comprendo. Leí los periódicos. De todas formas, como ya le dije a él la semana pasada, la cena no se celebrará hasta dentro de un mes. Quizá para esa fecha el señor Lacomte pueda asistir. Dígale que le enrío mis saludos.

Danielle dejó el auricular en la horquilla sintiendo que sus sienes latían con fuerza.

¿Por qué le había dicho Jean que la cena anual se iba a celebrar unos días más tarde, si él sabía perfectamente que no tendría lugar hasta pasado un mes?

Naturalmente, la respuesta era que no quería acompañarla a Niza. ¿Quizá para quedarse solo en París? Pero Jean le había dicho que se reuniría con ella en Niza, después de la cena.

¿Y si realmente Jean hubiese viajado a Niza, después de todo? Pudo haber dado un nombre falso cuando regresó París. Sí, ¿por qué no?

Llamaron otra vez a la puerta.

Danielle acudió a abrir. Era Evangeline, la criada.

—Perdone, señora Lacomte, quería preguntarle cómo se encontraba.

—Un poco mejor, Evangeline.

—Me dio un gran susto cuando la vi tendida en la cama y el señor Lacomte me dijo que le había dado un ataque de histerismo.

—No te preocupes, ya pasó todo.

—Si usted quiere, y ya que el señor no estará aquí esta noche, puedo hacerle compañía.

—¿Cómo sabes que el señor no estará aquí esta noche?

—Dijo que se iba a un hotel, que era mejor dejarla sola.

—¿Eso dijo?

—Sí, señorita.

—¿Dijo también el hotel donde se iba a hospedar?

—Sí, señorita, pero ahora no lo recuerdo… Oh, sí, espere un momento… lo tengo en la punta de la lengua… el hotel Lyon…, eso es, el Lyon. ¿Quiere comer algo, señorita?

—No, iré a dar una vuelta.

—No debe salir sola, señora, puede marearse.

—No te preocupes, Evangeline, ya me encuentro mucho mejor.

—Su tía Carla dijo antes que quería verla.

—La veré luego, cuando vuelva.

Minutos más tarde, Danielle entraba en un taxi y ordenaba al conductor que la llevase al hotel Lyon.

El encargado del registro era un hombre rechoncho de bigote recortado.

—¿El señor Lacomte?

—Sí, es uno de nuestros huéspedes. Pero salió hace un rato.

—¿No dijo cuándo volvería?

—No, señorita.

—El caso es que tenía que darle un recado urgente. ¿No sabe dónde lo podría encontrar?

—Lo siento, señora, pero lo ignoro. Pregunte al «botones» que hay al fondo.

Danielle se acercó al «botones». Era un muchacho de unos dieciocho años.

—Podrías ganarte una buena propina —dijo Danielle.

—¿Qué hay que hacer, señora?

—Sólo tendrías que decirme a dónde fue el señor Lacomte.

—Pongamos cinco francos.

—De acuerdo, cinco francos.

—El señor Lacomte fue al hotel Internacional.

—¿Cómo lo sabes?

—Oí que estaba hablando por teléfono, y el señor Lacomte le dijo que se verían en el referido hotel Midi. ¿Ve qué sencillo?

Danielle entregó los cinco francos al «botones» y salió a la calle.

* * *

Pauline soltó una risotada.

—Me hubiera gustado ver la cara de tu mujer cuando le soltaste todo eso. Que era una aprovechada y lo demás…

Jean también se estaba riendo.

—Te aseguro que valió la pena… Puso una cara de espanto cuando le dije que había representado un papel con su tía Carla, que sólo había querido apoderarse de su fortuna…

Pauline rió hasta que las lágrimas le saltaron de los ojos.

—Oye, Jean, ¿no crees que pueda existir algo entre tu mujer y Alain Dusser?

—No lo sé. Antes habría puesto mis manos en el fuego por Danielle, pero ahora…

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Escuché todo lo que le dijo Alain Dusser a mi mujer en mi casa y él es un hombre que sabe lo que hace. Luego viajó con mi mujer en el tren hasta aquí.

Pero de todas formas, si Danielle me ha engañado, va a recibir su merecido y eso va a ser cuestión tuya, querida, ¿no es así?

—Desde luego. Dejaré bien servida a la señora Lacomte.

Los dos rieron otra vez con ganas.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación.

Pauline y Jean volvieron a un tiempo la cabeza.

Los dos quedaron asombrados al ver a su visitante.

Era Danielle.

—Hola, Jean.

Su marido reaccionó enseguida.

—¿Qué haces aquí, querida?

—Evangeline me dijo que habías decidido alojarte en el hotel Lyon. Estuve allí, pregunté por ti y un empleado me dio esta dirección.

—Oh, sí —dijo Jean—. Te presentaré. Danielle, ésta es Pauline, una amiga de la infancia. Nos encontramos casualmente aquí.

—Encantada de conocerla, señora Lacomte —dijo Pauline—. Jean me ha hablado mucho de usted.

—En cambio, a mí nunca me había hablado de su amiga Pauline.

—No tenía que hablarte de ella —contestó Jean—. Te repito que nos encontramos en Niza. Ya sabes lo que es el azar. No has visto a una persona en mucho tiempo y de pronto te la encuentras.

—Sí, en esta vida todo es inesperado.

—Te encuentro un poco mejor, Danielle.

—Estoy ya perfectamente.

—Entonces será mejor que nos marchemos. Daremos un paseo… Iremos a un lugar que conozco a unos kilómetros de Niza… Es un acantilado precioso. Se me ocurre una idea. ¿Por qué no vienes con nosotros, Pauline?

—Oh, sí, por mí, encantada.

Danielle miró fijamente a los ojos de su marido.

—¿Y qué pasará allí, Jean?

El parpadeó.

—No te comprendo… Naturalmente tomaremos el aire y el sol… Te hace falta… ¿no crees?

—¿Cuál de los dos me empujará…? Anda, contéstame, Jean… ¿Será Pauline…? ¿O decidirás empujarme tú…?

—Estás diciendo una tontería.

—Intentaste matarme dos veces y ahora supongo que tomarás más precauciones.

—Danielle…

—Por favor, Jean, se acabó la comedia… Lo sé todo.

—Ignoro de qué hablas.

—Tomaste el mismo tren que yo… Fuiste tú quien entraste en mi compartimiento para matarme con aquel cuchillo.

—Querida…, estás delirando… Recuerda que me quedé en casa, en París…

—Sí, yo te dejé allí, pero luego me seguiste… Fallaste en el tren y por eso tuviste que intentarlo de nuevo en casa de tía Carla… Entonces ocurrió aquella tragedia… Nicole ocupó mi lugar… Cuando estabas apretando su cuello, creías estrangularme a mí.

La cara de Jean parecía tallada en granito.

—No puedes demostrar ni una sola de esas acusaciones.

—No, Jean, tienes razón, no puedo demostrarlas, pero yo sé que es verdad…

Jean se aproximó a Danielle.

—Querida…, la muerte de Nicole te ha afectado mucho…

Tendré que cuidarte o te volverás loca… Eso es, tu cerebro no funciona bien.

—No me toques, Jean… No podría soportar tu contacto… Creí estar casada con un hombre bueno, enamorado de mí… Y ahora, de pronto, descubro que es un monstruo capaz de asesinar a sangra fría… Contesta, ¿desde cuándo Pauline es tu amante?

—Querida…, sólo ves visiones… Según los siquiatras, cuando una mujer empieza así, hay que ponerla en tratamiento… Tú no querrás que te encierre en un manicomio, ¿verdad…?

—No, Jean, no me gustaría.

—Entonces vas a ser una buena esposa, dócil, obediente… Danielle, sabes que eres la mujer que más quiero en el mundo.

—¿Sabes lo que me pasa oyéndote decir esas cosas…? Siento náuseas… Eso es lo que siento, náuseas…

—Cálmate, pequeña.

—Sí, Jean, me voy a tranquilizar muy pronto, cuando hayamos hablado con la policía.

—¿Para qué quieres hablar con la policía?

—Tú confesarás todo.

—Oh, no. Danielle, eso te perjudicaría mucho… ¿Cómo quieres que vaya a la policía y les diga que mi mujer está a punto de volverse loca? ¿Sabes lo que harían? Dejar sin efecto tu libertad condicional, y esta vez no irías a parar a la cárcel sino a un hospital de enfermos mentales.

—Eres un cínico, Jean.

Jean sacudió la cabeza con gravedad.

—Me he preocupado siempre de ti, y ahora también me preocupo.

—Sólo quieres mi muerte… ¿Cómo has podido llegar a caer tan bajo, Jean…? Si habías dejado de amarme, debiste ser noble y sincero conmigo. No me hubiese opuesto al divorcio y habría estado dispuesta a hacerte un préstamo… Soy comprensiva y nunca admití que tuvieses la obligación de quererme.

—Tus palabras son maravillosas… Demuestras ser una mujer de grandes sentimientos… Está bien, Danielle, ya que me brindas la oportunidad, no la desaprovecharé.

Jean hizo una pausa y sonriendo dijo:

—He dejado de quererte. Estoy enamorado de Pauline, voy a

casarme con ella y necesito ser un hombre libre… Pero yo no tengo fortuna, y también necesito dinero… ¿Ves qué sencillo…? He sido un estúpido, pero ahora todo lo arreglaremos.

—Te equivocas, Jean… Ya nada se puede arreglar.

—Pero si acabas de decir que tenías la solución en tus manos.

—Me refería a un momento anterior a la muerte de Nicole… Tú la mataste, y eso impide todo arreglo.

—Oye, querida… Iremos a dar ese paseo al acantilado… Discutiremos el asunto…

—Te conozco bien ahora, Jean… No iré a dar ese paseo… Sólo regresaríais vosotros. Yo me quedaría allí para siempre.

Hubo un silencio y luego Jean dijo:

—Vas a venir con nosotros, Danielle.

—No iré.

—Tu voluntad no cuenta para nada, en este caso.

—¿Me vais a llevar a la fuerza?

—No lo dudes.

—Gritaré, me defenderé…

—Te llevaré conmigo aunque tenga que desmayarte.

Danielle se volvió bruscamente para abrir la puerta. Quería escapar.

Jean le puso la mano en un hombro y le hizo dar la vuelta. Su puño percutió en la mandíbula de Danielle.

La joven exhaló un gemido y se derrumbó en el suelo.

Pauline saltó de la cama.

—Jean, no podemos hacerlo aquí…; la vieron subir.

—¿Quién ha dicho que lo vamos a hacer aquí…? ¿Es que no me oíste? Es cierto que conozco ese lugar… Está a unos cincuenta kilómetros… Es un rincón siempre solitario… ¿Dónde tienes el coche que alquilaste, Pauline?

—Cerca del hotel, en la playa de estacionamiento.

—Llévalo a la parte trasera, ya sabes al callejón que hay detrás del hotel. Yo sacaré a Danielle por allí.

—¿Y si te descubren?

—No será fácil. En este hotel, a estas horas apenas hay movimiento. No te preocupes. Lo haremos bien.

CAPÍTULO XI

Pauline conducía el auto.

En el asiento trasero viajaban Jean y Danielle, la cual empezaba a volver en sí.

Jean miró a su mujer.

—Querida, ¿cómo estás?

Danielle miró por la ventanilla.

—Jean, ¿a dónde vamos…? Oh, sí, ¿por qué lo pregunto? Ahora recuerdo… Queréis matarme…

—Oh, no, querida. No me creíste, pero sólo quiero que respires un poco de aire fresco. Te hace mucha falta.

—Jean, todavía estás a tiempo de retroceder.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente. Dile a Pauline que de la vuelta. Regresemos a la ciudad.

—Oh, sí, debo ir a la policía y confesarlo todo.

—Te ayudaré, Jean. Contrataré el mejor abogado para ti…

—Y cuando me encierren en la cárcel, me mandarás una lima metida en un pan.

Pauline rió desde el asiento de delante.

—Tu mujercita tiene grandes ideas.

—Sí, querida. Danielle es la mar de inteligente. Siempre lo fue. Ése ha sido uno de sus defectos.

Danielle comprendía ahora que Jean no la había amado nunca. El se casó con ella por su dinero. ¿Cómo había ésta tan ciega?

—Toma el camino de la derecha, Pauline —dijo Jean.

Se apartaron de la carretera principal, siguiendo una vía secundaria.

Danielle vio el mar, los pinos…

—¿Dónde es, Jean? —preguntó Pauline.

—A la otra parte de la colina.

Subieron a la colina a que Jean se refería y luego el camino serpeó por entre un bosquecillo de pinos.

—Ya puedes detener el coche —dijo Jean.

—Tenías razón. Aquí no hay nadie.

Pauline detuvo el auto. Jean abrió la puerta y saltó fuera.

—Esposa raía —dijo—. Ya hemos llegado.

Danielle abrió la portezuela opuesta, saltó del coche y echó a correr.

—¡Se escapa! —gritó Pauline.

Jean lanzó una carcajada.

—No lo conseguirá.

Danielle tropezó con una piedra y cayó al suelo. Se levantó de nuevo y siguió corriendo. A su espalda oyó los pasos de Jean.

—Párate de una vez, estúpida.

Danielle sintió la mano de Jean sobre su espalda, y lanzó un grito cayendo de nuevo.

Se puso a sollozar.

Jean rió otra vez.

—Fue una caza divertida. La pequeña liebre que buscaba un agujero.

Danielle sintió todo el asco del mundo. Volvió la cabeza llena de ira y vio muy cerca a Jean, que no acababa de reír.

—¡Eres un miserable!

—Me acordaré de esas palabras cuando presida tus funerales…

—Fui una ingenua al pensar que pudieras arrepentirte del mal que has hecho. Tienes el corazón lleno de veneno…

—Continúa hablando, querida. Tus palabras suenan a música.

—¿Cómo vais a hacerlo esta vez, Jean? Tengo curiosidad por saberlo. ¿Me matarás con un cuchillo, como intentaste hacerlo en el tren? ¿O me estrangularás como hiciste con Nicole?

—No, querida, no voy a dejar ninguna huella en ti. ¿No has visto el hermoso precipicio que hay ahí?

—No, todavía no lo he visto.

—Anda, asómate y verás cómo encuentras la explicación de todo. Te caerás por allí. Y ése será el más hermoso final. Todo el mundo dirá que la vista desde ahí es muy hermosa y que al

asomarte sufriste un mareo.

—Nadie creerá una estupidez como ésa. Cuando sepan que llegué aquí con vosotros, sacarán las consecuencias.

—Ellos no sabrán que vinimos los tres juntos. ¿Lo oyes bien? Pauline y yo nunca estuvimos aquí contigo.

—¿Y cómo se va a justificar que yo viniese sola?

—Será un misterio, aunque decidirán que alguien te trajo. En Niza es frecuente que una linda mujer como tú sea invitada por cualquiera a dar un paseo. Eso es. Tendrán que buscar a un desconocido. O quizá se les ocurra pensar en el suicidio, tal como lo habíamos planeado al principio. Es la hipótesis que tendrá más partidarios entre los hombres de la policía judicial. De todas formas me importa muy poco lo que ellos piensen. Lo importante es que aunque sospechen de mí, no podrán acusarme de nada.

—Espero que recibas el castigo que mereces.

—Anda, querida, ya hemos conversado bastante. Ahora dame la mano.

Danielle no le dio la mano. Se levantó por sí misma.

Jean la tomó por el brazo.

—Déjame, Jean.

—No quiero que te escapes otra vez. Vamos al acantilado… ¿O quieres que te desmaye otra vez?

—No, Jean, no hace falta que me golpees de nuevo. Iré contigo.

—Eres una chica muy sensata.

Pauline se había quedado junto al auto. Estaba fumando un cigarrillo.

Danielle y Jean echaron a andar.

No dijeron nada mientras recorrían la distancia que los separaba del precipicio.

Oyeron el ruido de las olas que morían abajo al golpear contra las rocas.

—Lo siento, querida, de veras que lo siento —dijo Jean—. Pero tú tienes lo que yo más quiero en el mundo. El dinero. Perdóname lo que voy a hacer pero fue el Destino.

Danielle dio un tirón para librase de él, pero Jean la atrapó por la cintura y la empujó hacia el borde de la sima.

En aquel momento se oyó una voz.

—Buenas tardes, señor Lacomte.

Jean volvió la cabeza bruscamente.

Por detrás del auto apareció un hombre alto, varonil.

—¡Alain! —gritó Danielle.

Alain Dusser se detuvo sonriente.

—¿De paseo, señor Lacomte?

Jean seguía apretando contra sí a Danielle.

—Señor Dusser, no de un paso más.

—¿Qué le pasa, señor Lacomte?

—Soy yo el que hace las preguntas. ¿Qué hace aquí?

—Vine a llevarme conmigo a Danielle. Usted ya no la necesita.

—Si da un paso más, la tiro al fondo.

—Usted no hará eso.

—Claro que lo haré.

—Se convertirá en un asesino.

—Ya soy un asesino.

Danielle se dejó caer en el suelo y con eso quedó libre.

En la siguiente fracción de segundo Alain saltó sobre Jean.

Los dos se encontraron a mitad del camino y cayeron al suelo golpeándose con furia.

Danielle dio un grito porque los contendientes rodaron hacia el abismo.

Se separaron cuando Alain alcanzó a Jean en el pecho.

Los dos se pusieron en pie rápidamente y miráronse como dos fieras de la jungla, los cuerpos arqueados, listos para saltar uno sobre el otro.

Fue Jean quien primero se arrojó sobre Alain.

Pero Alain lo burló con un quiebro.

Jean vio el abismo ante sí. Quiso detenerse, pero ya era demasiado tarde. Lanzó un aullido y cayó en el vacío.

Danielle dio también un grito de horror, cubriéndose la cara con las manos.

Alain se asomó al abismo mirando hacia abajo.

Vio a Jean al fondo, destrozado entre las rocas.

Entonces se acercó a Danielle.

—Lo siento, Danielle, pero creo que fue lo mejor para él.

Pauline estaba apoyada en el coche, la cara blanca como el yeso, reflejando en sus ojos el horror de la escena que había presenciado.

Danielle y Alain llegaron hasta ella.

Él dijo:
—Volvamos a Niza… La policía nos espera.

Epílogo

Danielle estaba en su casa. Habían pasado tres días desde la muerte de su marido.

No había vuelto a ver a Alain desde aquel día. Le había pedido que la dejase sola.

Alain le había contado por qué llegó al acantilado tan a tiempo. Le bastó con seguir su pista desde la casa de tía Carla, porque al llegar allí, Evangeline, la criada, le dijo había dicho que ella, Danielle, había ido al hotel Lyon a visitar a su marido…

Tía Carla había hecho nuevo testamento dejando su herencia a partes iguales entre sus sobrinos.

De pronto llamaron a la puerta.

Acudió a abrir. En el porche estaba Alain.

—Buenas noches, Danielle… Perdona que te moleste, pero el caso es que necesito hacer algunas llamadas.

—Oh, sí, desde luego.

Alain se sentó en el sofá, sacó tranquilamente su agenda del bolsillo y, tras consultarla unos segundos, atrapó el micro y marcó en el dial.

—¿Marga? ¿Cómo estás, querida…? Sí, estoy muy ocupado… Ya te lo dije… ¿Esta noche…? Imposible… A partir de ahora voy a estar más ocupado todavía… ¿Por qué…? Me voy a casar… ¡Eh, Marga…! ¡Escucha…!

Se metió el dedo en la oreja mientras agregaba:

—Un poco más fuerte y me rompe el tímpano.

Marcó otro número.

—¿Marie…? Soy Alain… Querida, tendremos que suspender esa cena… Es a causa de mi mujer… ella es un poco celosa… y me temo que no me va a dar permiso para reunirme con una chica tan atractiva como tú… Eh, querida… ¿qué te he hecho yo para que me insultes de esa forma…?

Marcó por tercera vez.

—¿Françoise…? Sí, soy yo, querida… Claro que pensé en ti todos estos días y también algunas noches… Lo siento, nena, pero no podré… No, no es por el reportaje… Se trata de que voluntariamente he decidido perder mi libertad… No, nena, no te llamo desde la cárcel… Hablaba en sentido figurado… Verás, dentro de muy poco voy a hacer una visita a la iglesia… Llevare a una mujer del brazo… Me preguntarán si prometo amarla toda la vida, hasta que la muerte nos separe… Y yo le voy a decir que sí… Françoise, ¿estás ahí…? ¿Françoise…?

Colgó mientras agregaba:

—También se enfadó.

Se puso en pie y se acercó a Danielle.

—Alain, tendremos que esperar algún tiempo.

El la abrazó y la besó en la nariz.

—Esperaremos.

—Sería mucho mejor que uno de los dos se fuese a hacer un viaje.

—Eso no serviría para nada. Yo no estoy dispuesto a marcharme y si tú te fueses iría tras de ti como cuando viajaste a Niza.

—Pero nuestra situación…

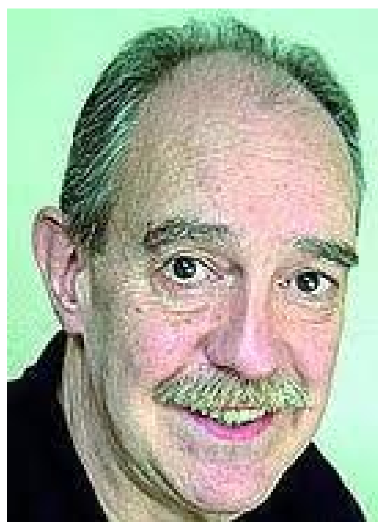
Se a lo que te refieres. Tú y yo vivimos muy cerca uno del otro, pero no te preocupes… Yo sólo seré para ti un buen vecino…

La besó en la boca.

—Sí, Alain —dijo Danielle como en un sueño.

—Un buen vecino —repitió Alain y la continuó besando.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).